



**UNIVERSIDAD MICHUACANA
DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO**



FACULTAD DE FILOSOFÍA "DR. SAMUEL RAMOS"

NOMBRE DE LA TESIS:

**"LA FILOSOFÍA COMO HERRAMIENTA FORMATIVA EN EL
PROGRAMA DE LITERATURA I"**

**INFORME ACADÉMICO POR ACTIVIDAD PROFESIONAL QUE SE
PRESENTA PARA OBTENER EL TÍTULO DE:**

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

POR:

MIGUEL ÁNGEL MELCHOR MALDONADO

ASESORA:

**MAESTRA EN FILOSOFÍA DE LA CULTURA
MARÍA ISABEL DOMÍNGUEZ HERRERA**

MORELIA MICHUACÁN, OCTUBRE, 2014.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN | 4 |
| CAPÍTULO I. LA FABULA | 8 |
| 1.1. Referencia histórica..... | 8 |
| 1.2. La fábula Subgénero Literario con elementos filosóficos..... | 11 |
| 1.3. Ejemplos de fábulas. Su análisis filosófico..... | 15 |
| CAPÍTULO II. LA LEYENDA | 20 |
| 2.1. Referencia histórica..... | 20 |
| 2.2. La Leyenda transmisora de valores, costumbres y tradiciones..... | 22 |
| 2.3. Su análisis filosófico como parte de la identidad de la comunidad..... | 25 |
| CAPÍTULO III. EL MITO | 36 |
| 3.1. Referencia histórica..... | 36 |
| 3.2. El mito como explicación filosófica del mundo y lo desconocido..... | 38 |
| 3.3. Importancia del mito en el desarrollo de la sociedad..... | 39 |
| CAPÍTULO IV. EL CUENTO | 49 |
| 4.1. Referencia histórica..... | 49 |
| 4.2. El nacimiento del cuento como Subgénero Literario..... | 53 |
| 4.3. La actitud filosófica para comprender el cuento como obra estética..... | 56 |
| CONCLUSIÓN | 86 |
| BIBLIOGRAFÍA | 90 |

RESUMEN

En el trabajo demostramos que la reflexión filosófica permite que el estudio sea de manera más educativa. Demostramos, también, que los mencionados Subgéneros son transmisores de valores, costumbres y tradiciones, por lo que su vigencia es siempre actual. Los subgéneros Literarios ayudan a la formación de la conciencia individual y social, a construir la identidad individual y colectiva, en fin, al desarrollo de la sociedad.

No tocamos el valor estético solo el valor ético, para demostrar que los valores y virtudes son faros que nos guían para alcanzar objetivos, metas y darle sentido a nuestra existencia para poder realizar un proyecto de vida que nos aserque a la felicidad. Valores y virtudes nos ayudan alcanzar la excelencia en nuestros actos en nuestra manera de pensar y reflexionar, y, por lo tanto, en nuestra forma de vivir y vivenciar la vida.

La reflexión filosófica en los Subgéneros Literarios nos permite aprehender la personalidad y visión del mundo de los personajes, así como relacionar la historia que leemos con el contexto actual y analizar nuestras circunstancias y situaciones, para superarlas y alcanzar una mejor calidad de vida.

ABSTRACT

In the paper we show that philosophical reflection allows the study to be more educational way. We show also that the above subgenres are transmitters of values, customs and traditions, so if force is always current. Literary subgenres help the formation of individual and social awareness, build individual and collective identity, finally, the development of society.

Do not touch the aesthetic value only ethical value, to show that the values and virtues are beacons that guide us to reach goals, targets and make sense of our existence to make a life that brings us happiness. Values and virtues help us to

achieve excellence in our actions in the way we think and reflect, and therefore, in our way of living and experiencing life.

Philosophical reflection on the literary subgenres allows us to capture the personality and world view of the characters and relate the story we read in the current context and analyze our circumstances and situations, to overcome them and achieve a better quality of life.

PALABRAS CLAVE

- Virtud
- Valores
- Costumbres
- Tradiciones

INTRODUCCIÓN

La Literatura es un arte, y, como tal, tiene una gran relación con la estética, que a su vez, es una disciplina filosófica. Entonces, Literatura y Filosofía tienen una constante relación al interpretar la realidad para convertirla en un objeto estético, en una obra literaria. Literatura y Filosofía son herramientas con las que interpretamos, explicamos y sustentamos los momentos históricos del desarrollo de la sociedad, son herramientas que nos permiten conformar una conciencia individual y social; nos ayudan a darle sentido a nuestra existencia y nos acercan a la felicidad a través del ejercicio de nuestras facultades intelectuales; nos hacen autónomos, nos educan y nos humanizan.

El estudio de estos Subgéneros Literarios siempre debe de hacerse con una actitud filosófica que interrogue, que deleve lo que está ahí; que proponga sentidos para llevar una vida moralmente buena. La actitud filosófica nos ayuda a

penetrar en el objeto estético, en la obra de arte; nos permite la vivencia sensible que es la experiencia que se vive, se siente y se piensa y podemos reflexionar su moral.

En este contexto la enseñanza de Literatura I es una oportunidad educativa que forma conciencias sensibles capaces de reconocerse como seres humanos inteligentes para asumir la libertad con responsabilidad; para poder diferenciar lo que es bueno y lo que es malo; para saber elegir nuestros actos, nuestras oportunidades, hacer nuestros proyectos de vida, en fin, para ordenar y darle sentido a nuestra existencia de manera constante, inteligente y sensible.

En el primer capítulo, la Fábula, la tratamos desde una visión transmisora de valores y virtudes, lo que la hace un Subgénero Literario siempre actual, didáctico, capaz de dar una enseñanza que perfeccione la eticidad del ser humano porque enriquece el carácter, ya sea exaltando sus valores y virtudes o criticando sus antivalores y vicios. “La trascendencia de los fabulistas es que en sus relatos han dejado la constancia de un conocimiento pleno del ser humano y una crítica que va desde el cuestionamiento hasta la sátira de sus vicios y defectos” (Martínez, 2010, p. 81).

Esopo padre de la Fábula, fue un conocedor extraordinario de la conducta individual y social del ser humano. Podemos decir que las moralejas de sus Fábulas van esbozando un sentido de la educación de su tiempo “las fábulas y los apólogos se utilizaron desde la antigüedad grecorromana por los esclavos pedagogos para enseñar conductas éticas a los niños que educaban” (Díaz-Guerrero, 2009, p.21). Los antiguos fabulistas moralizaron a sus pueblos de manera sencilla y comprensible pues los discursos filosóficos eran densos y complicados.

La Leyenda la abordamos como transmisora de valores, costumbres y tradiciones, porque gracias a las Leyendas enriquecemos nuestra pertenencia, comprendemos las costumbres y tradiciones como parte de la identidad colectiva que distingue a cada pueblo y cultura. “la leyenda tiene, entonces, de manera fundamental, una

función explicativa cuya validez no pretende ser universal, sino que expresa los valores locales” (Villaseñor, 2006, p.34).

A través de la Leyenda las culturas han manifestado lo que saben del bien y del mal. Y en torno a este valor y antivalor se desprende la diversidad temática que narran. Las Leyendas son ventanas por donde podemos mirar el pasado de una sociedad y nos percatamos de los valores que practicaron, el por qué de sus costumbres y tradiciones. La Leyenda como producto colectivo explica la procedencia y la naturaleza de hechos incomprensibles, exalta acontecimientos importantes, lugares prodigiosos, justifica una manera de convivir como conducta moralmente buena que nos da pertenencia al grupo social o a la cultura local.

“Su objetivo fundamental es fortalecer la identidad de un pueblo o de una comunidad, explica o refleja el origen de ritos, costumbres y creencias de una cultura; las preocupaciones de las personas hacia la vida o la muerte, y los valores que identifican a una comunidad” (Díaz-Guerrero y otros. 2009. p. 31).

El Mito es la añeja raíz del conocimiento científico y filosófico porque a través de él los seres humanos crearon dioses y diosas que les permitieron explicarse el mundo que los rodeaba, los acontecimientos naturales y su propia existencia.

El Mito narra acontecimientos sagrados atemporales, que explican ¿por qué los dioses crearon al ser humano? ¿Cuál es el fin de su existencia? ¿Porque debe de guardar un equilibrio constante con la naturaleza? En fin, le da sentido a la existencia del mundo y del ser humano.

“Un mito, además de hablar sobre dioses, semidioses y héroes, es un tipo de relato que pretende explicar el principio o el origen de la vida o el surgimiento de acontecimientos cuya explicación no está al alcance de la ciencia. Los mitos también relatan cómo se mantiene la naturaleza y cómo se libra una permanente lucha entre las fuerzas del bien y del mal” (Villaseñor, 2006, p.49).

En la antigüedad, el Mito le permitió a los seres humanos adoptar una determinada manera de vivir, les dio ideales por los que había que vivir y luchar; ideales que influían en la educación de los hijos; con los Mitos explicaron la

muerte como un acontecimiento sagrado que los llevaba a reunirse con sus dioses.

El Mito ayudó al desarrollo de los sentimientos, emociones y pasiones, a preservar las creencias, consolidó la identidad individual y social como parte de una determinada visión.

“El propósito del mito es perfeccionar la esencia humana de los pueblos en la medida en que influye en la conducta de cada uno de sus hombres y mujeres. Sus personajes son seres divinos, héroes y hombres con poderes sobrenaturales que se manejan con las pasiones de los seres humanos” (Prado, 2010, p. 96).

Los arquetipos de los Mitos son fuentes de valores, virtudes, ideales y creencias, porque trabajaban por el bienestar del pueblo.

El Cuento es una obra estética que nos permite alcanzar una comunicación lúdica con su historia, porque “el cuento es la parte esencial de un proceso comunicativo cuya intención es enfatizar la forma de mensaje para que éste se muestre, desde el punto de vista estético, como un producto de belleza única en su especie” (Prado, 2010, p. 119).

Al inicio del siglo XX el Cuento se consolida como Subgénero Literario y en la segunda mitad del mismo siglo se convierte en una joya de la corona Literaria. Por tanto ha sido objeto de las corrientes artísticas vanguardistas:

“Las obras que muestran una influencia surrealista sobrevaloran el uso del psicoanálisis para construir a sus personajes; como el cubismo lograron plasmar una situación desde distintos puntos de referencia; el realismo mágico incluyó desde la realidad objetiva un recurso inesperado o probable; mientras que el existencialismo presentaba la crisis del hombre solitario frente a la modernidad” (Ramos, 2007, p. 93).

El Cuento nos permite manejar todo cuanto acontece en la realidad como obra estética, por lo que siempre debemos leerlo con una actitud filosófica, es decir, con asombro-curiosidad preguntándonos, dudando y reflexionando aquello que

está ahí y que me produce emociones, sentimientos y pasiones sin que pueda evitarlo.

La actitud filosófica es importante en la Literatura porque nos permite un acercamiento íntimo con la obra literaria, nos permite vivenciarla como objeto estético que va a fortalecer la eticidad, la formación holística y la comprensión de la realidad y de mi realidad, para poderla transformar y buscar una mejor calidad de vida. El programa de Literatura I no debe de desarrollarse de manera informativa, sino reflexiva para alcanzar el desarrollo de la comprensión y para este logro debemos inducir a los alumnos a la reflexión filosófica para que sean capaces de hacer de la comprensión una herramienta que les permita el análisis crítico de su vida y de la vida, y de esta manera alcanzar las metas de su proyecto de vida.

CAPÍTULO I. LA FÁBULA

1.1. Referencia histórica

La fábula corresponde a la narrativa breve y también se le llama apólogo. En ella, la acción es alegórica, ya que seres irracionales u objetos inanimados adoptan características humanas, con el fin de dar una enseñanza o principio moral, por lo que se le considera derivada del género didáctico. Se escribe en verso y prosa. Su estructura la forman la anécdota, personajes y moraleja. La anécdota es el hecho curioso que se narra y sirve para ejemplificar y educar. La moraleja es el párrafo final donde está un consejo útil para la vida diaria. Contiene un narrador, espacio, tiempo, lenguaje artístico, contexto de producción y recepción. Este género nació en Oriente, en Siria o en India, en donde, influida por el budismo, alcanzó gran difusión por el uso de máximas y parábolas morales. A través de Siria y Persia, la

fábula llega a Europa cruzando Bizancio, para ser propagada por las cruzadas y los judíos, quienes la tomaron de los árabes.

En el siglo VI antes de Cristo, el griego Esopo dio nueva vida a la fábula oral, creando las llamadas fábulas esópicas. Esopo era sabio y discreto, esclavo de un rico griego que le proporcionó buena educación y posteriormente lo libertó, su vida ha sido motivo de leyendas, de tal manera que es difícil conocerla con exactitud. La primera recopilación de sus obras, ahora perdida, fue realizada alrededor del año 300 antes de Cristo.

Gracias a Fedro (otro esclavo liberto), aparecen las fábulas esópicas en latín hacia el siglo I de nuestra era. Cuatrocientos años más tarde, Aviano las utiliza en forma didáctica. Algunas de las fábulas de Esopo más conocidas son las que tratan del Perro del Hortelano, la Zorra y las Uvas, el León y el Ratón y de las Ranas que pedían Rey.

Dentro de los fabulistas más notables, destaca en Francia Jean de Fontaine (siglo XVII), gran observador y amante de la naturaleza, de pluma fácil y llena de humor. En sus fábulas versificadas aparecen personajes de la sociedad de su tiempo, desde los más encumbrados hasta los más humildes. Su originalidad radica en haber conciliado las características tradicionales de la fábula con un lirismo exquisito.

En España, las fábulas de Félix María Samaniego (siglo XVI), continúan la línea tradicional del género en cuanto a intereses moralizadores, están integradas por ciento treinta y siete fábulas escritas en un estilo sencillo y natural.

También en el siglo pasado, un gran poeta y filósofo español, Ramón Campoamor, compuso fábulas admirables, que, además de ser divertidas, provocan a la reflexión por su especial manera de plantear la justicia.

En nuestro país, la Fábula tiene dignos representantes, como José Joaquín Fernández de Lizardi. Este prolífico autor de poemas, novelas y dramas, fue llamado también el “Pensador Mexicano”, nombre tomado de un periódico que él mismo editó hacia el siglo XIX.

José Rosas Moreno, originario de Lagos, en el estado de Jalisco; autor dramático, fabulista y poeta; incursionó también en la política de su época, llegando a ser diputado federal por su estado. Con un estilo claro y sencillo, dedicó varias de sus obras para los niños, por quienes mostró un verdadero interés.

Cabe aclarar que, si el número de autores de Fábulas es escaso con relación a la antigüedad que tiene el género, es porque conjuga no sólo calidad poética y concisión de estilo, sino también gran profundidad en el conocimiento de la vida y de los seres humanos, ya que, al tener un contenido didáctico, requiere altura moral y sabiduría en quien la crea.

La Fábula es, originalmente, un tipo de narración breve cuyos personajes son animales que representan situaciones humanas. Así que estos personajes-animales tienen un lenguaje humano y sus historias describen vicios y virtudes humanas.

1.2. La Fábula, Subgénero Literario con elementos filosóficos

Sócrates: Padre de la Ética

¿Qué es un filósofo? Según los griegos iniciadores de la filosofía, un filósofo es un ser humano concreto – como nosotros mismos – que busca afanosamente la verdad, desechando los mitos y las apariencias. Para poner un ejemplo de lo que son los filósofos en la época de los griegos, pero, que no por estar tan distante en el tiempo, no deja de tener vigencia, nos referiremos a Sócrates (469 – 399 antes de nuestra era). Sócrates era un conversador incansable, no escribió ningún tratado de filosofía porque aspiraba a encontrar la verdad, el concepto, la definición de cada cosa por medio del diálogo vivo que sostenía con las personas de su época y al cual le llamó “mayéutica” que significa: arte de dar a luz a las ideas. Sócrates fue a la vez un pensador teórico y práctico, pues consideró que la verdad debe estar al servicio de la vida, de nuestra formación humana, de nuestra vida como ciudadanos o miembros de una comunidad. Con Sócrates se confirma que la filosofía puede ser no solo una explicación racional sobre las cosas, sino una forma de vida, pues si analizamos su biografía nos daremos cuenta que su vida es una filosofía misma, el camino que permite alcanzar la plena humanidad.

Sócrates ha sido el filósofo más desprovisto de afán de poder de toda la historia del pensamiento occidental. Sus contemporáneos, y toda la posteridad, conocen y comentan sus virtudes de humildad, de pobreza, de temperancia, su porte sencillo y su fácil abstinencia de todo lo que implique distinción y brillo y una vana dignidad. Pero detrás de esta sencillez que lo caracterizaba, se imponía una fuerte vocación que lo llevaba a defender con valentía sus ideales y compartirlos con los

ciudadanos de su época sin importar ser incomprendido, e incluso morir antes de renunciar a su propia vocación. Sócrates, en cuanto hombre, fue llamado, por su vocación hacia la filosofía, a vivir conforme a una misión que consideraba impostergable. Sócrates nos muestra que todo hombre es llamado a vivir su vida, antes que llamarlo a vivirla por cierto camino y darle forma particular; le dio forma a su vida; de acuerdo con su filosofía y utilizando la libertad que tenemos los seres humanos para hacernos a nosotros mismos y para seguir nuestra propia vocación, para capacitar el oído interior que nos permite captar el mensaje de esa voz que nos llama a ser humanos, es decir, a ser mejores y a orientar nuestra vida hacia el bien, hacia lo valioso, tal como lo hizo Sócrates al seguir la misión que como filósofo y hombre se había trazado.

Así como Tales de Mileto es el padre de la filosofía, Sócrates es el padre de la Ética porque él fue el primer filósofo griego que reflexionó sobre la conducta moral del ser humano y sobre la vida buena. A partir de estas reflexiones han surgido diferentes corrientes filosóficas que fundamentan lo que es la vida buena y ¿qué es la felicidad? Ahora bien ¿qué son los valores? Un valor supremo es la valía que un individuo tiene para la sociedad. No solo los objetos son valiosos, el comportamiento moral también lo es, y puede ser juzgado y catalogado como bueno o ser censurado por considerarse negativo. De hecho, todos los actos conllevan o no al aprecio: un acto político, uno económico o uno artístico. Sabemos que todos los objetos son apreciados, tanto los productos que nos brinda la naturaleza, como los elaborados por el hombre.

Lo que es necesario comprender es que los valores no existen por sí mismos, necesitan en qué descansar: requieren un depositario, que puede ser un objeto o también puede ser un quien, ya que puede tratarse de una persona.

Aunque valor y valoración son diferentes, no son ajenos, sino complementarios: el valor es anterior a la valoración, el valor es objetivo y la valoración es subjetiva. Recordemos que la ética estudia el deber ser, lo moralmente correcto, cualquier acto humano es susceptible de ser juzgado, pero solo puede ser juzgado moralmente cuando afecta a otros y entonces es calificado como bueno o malo. Así pues, a las personas que tienen hábitos buenos se les reconocen ciertos valores, pero también ocurre que algunas personas mantienen, o cometen constantemente, actos calificados moralmente como malos, es decir, vicios. La bondad moral es la base para etiquetar los actos humanos que se apegan a aquellos que indica la ética.

Los valores son pautas de conducta que se manifiestan en la manera de ser del individuo, en su manera de convivir con el otro, en su manera de pensar, y son determinantes para hacer el proyecto de vida y lograr objetivos y metas; los valores nos humanizan y nos permiten realizarnos como seres individuales y sociales.

Y, ¿qué son las virtudes? La palabra virtud proviene del griego areté y del latín virtus, que significa en términos generales, capacidad, excelencia o perfección que posee cualquier persona, animal o cosa. Hay dos factores que intervienen en el

desarrollo de las virtudes: la fuerza con que se vive una experiencia y la rectitud en la motivación para vivirla.

Para Aristóteles, la virtud es un “hábito electivo que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y el modo de lo que determinará el hombre prudente. El término medio lo es entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto”. (DÍAZ, 2007, 110).

La teoría del término medio en la virtud, propuesta por Aristóteles, apunta a tener cuidado a caer en los extremos; por ejemplo, en el justo medio está el ahorrar, en los extremos el despilfarro y la tacañería. También refería la importancia de encontrar el punto medio, el equilibrio, el buen camino, el no entrar en contradicción con la naturaleza ni con el espíritu, a lo cual les llamaba virtudes cardinales. Esta teoría no aplica para las virtudes sobrenaturales, es decir, aquéllas que se refieren a Dios.

Los griegos llamaron areté a la virtud o excelencia humana, al “hombre bueno”; agathós, a la acción de hacer la “buena obra”, y eidos, a la organización interna de la naturaleza propia de una persona. La virtud es la tendencia a realizar el bien, a lo moralmente positivo, y lo opuesto a la virtud es el vicio, que es la tendencia a conducirse hacia el mal. Las virtudes son práctica continua de los valores. La virtud es una cualidad, pero no es innata, porque para llamarse virtud debe provenir de una actitud voluntaria.

Para Aristóteles había dos tipos de virtudes: las prácticas, morales o éticas, y las teóricas, o dianoéticas. Las primeras son: Prudencia, Justicia, Fortaleza,

Templanza, Liberalidad y Amistad. Algunas se han ido agregando a la lista; no obstante, otras virtudes no empatan con las dinámicas sociales de la actualidad, pero diversas virtudes no pierden su lugar, como la amistad.

El ejercicio de las virtudes depende de las condiciones, relaciones e incluso instituciones que el medio social proporcione para que las personas puedan practicarlas. La virtud es la fuerza de carácter encaminada al logro de un fin bueno, objetivos y metas. Es la disposición que el individuo tiene para realizar sus actos, por eso fomenta el hábito, la Finalidad y la Prudencia. Se es virtuoso cuando tenemos la capacidad de reflexionar nuestras debilidades y fortalezas para poderlas superar y cultivar nuestros valores para consolidar nuestra eticidad.

1.3 Ejemplos de fábulas. Su análisis filosófico.

El asno vestido con piel de león.

Cierto asno se vistió con una piel de león que encontró en el camino. Todos los animales se asustaban y huían al verlo, de tal forma que hubo un espanto general en aquella comarca. El asno se felicitaba a sí mismo, al verse tan temido y respetado.

Hasta su amo que lo andaba buscando por creerlo perdido, se asustó también al verlo de lejos, pero reparando en que una de las largas orejas asomaba por debajo de la piel de león, conoció la farsa, se acercó al asno, le quitó el disfraz y lo molió a palos.

Si el ignorante intenta mostrarse sabio, pronto enseñará la oreja, como el asno del cuento.

Esopo.

La gallina de los huevos oro.

En un corral había una gallina que ponía huevos de oro. Su dueño, que todas las mañanas los vendía, y a buen precio, se dijo:

- Si los huevos de la gallina son de oro, las tripas donde se forman deben contener oro en abundancia.

Mató a la gallina queriendo hacerse rico en poco tiempo, pero al ver que las entrañas eran como las de todas las gallinas comprendió que había cometido un error.

Cuántas veces nuestra ignorante curiosidad nos mata la felicidad.

Esopo.

La rana que quería ser una rana auténtica.

Había una vez una rana que quería ser una rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad.

Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de eso y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobarían y reconocían que era una rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzo hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena rana, que parecía pollo.

Augusto Monterroso.

Las tres primeras fábulas nos invitan a la autorreflexión de nuestra eticidad. Ya referimos que la eticidad es la capacidad de reconocernos como seres inteligentes y sensibles y que tenemos el compromiso con nosotros mismos de perfeccionar nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad para crecer continuamente como seres humanos y acercarnos a la vida buena moralmente y a la felicidad. ¿Qué tanto compromiso tengo conmigo mismo?

Mi capacidad intelectual debe de ser siempre reflexiva para comprender la existencia que llevo. Saber que los acontecimientos y los hechos de la vida cotidiana puedo explicármelos a través de mi inteligencia sin perjudicarlos, como el caso que se expone en la fábula la gallina de los huevos de oro, que las virtudes cardinales (justicia, fortaleza, templanza y prudencia) deben de mantenerse en ejercicio para moderar excesos.

Esto implica ser original y autónomo asumiéndolo con responsabilidad. La ambición desmedida nos hace cometer errores que truncan nuestra vida existencial.

Los navegantes

Lloraban unos tristes pasajeros viendo su pobre nave, combatida de recias olas y de vientos fieros, ya casi sumergida, cuando súbitamente el viento calma, el cielo se serena, y la afligida gente convierte en risa la pasada pena.

Mas el piloto estuvo muy sereno tanto en la tempestad como en la bonanza.

Pues que lo malo y que lo bueno está sujeto a súbita mudanza.

Félix María Samaniego.

Esta fábula es un claro ejemplo de cómo dos de las grandes virtudes cardinales nos mantienen en equilibrio ante situaciones difíciles, dándonos la capacidad de afrontarlas debidamente: son la fortaleza y la prudencia. Mismas que le dieron al piloto la serenidad y fortaleza necesaria y suficiente para conducir la barca.

La oveja negra

En un lejano país existió hace muchos años una oveja negra.

Fue fusilada.

Un siglo después, el rebaño arrepentido le levantó una estatua ecuestre que quedó muy bien en el parque.

Así, en lo sucesivo, cada vez que aparecían ovejas negras eran rápidamente pasadas por las armas para que las futuras generaciones de las ovejas comunes y corrientes pudieran ejercitarse también en la escultura.

Augusto Monterroso.

En las sociedades siempre hay individuos con capacidades intelectuales muy desarrolladas, que, como dijo Séneca en su libro “Sobre la brevedad de la vida”, hacen cosas grandiosas para sí mismos y para los demás, lo que causa irritación en grupos de poder que viven a costa de la ignorancia del grueso de la colectividad y los ejecutan para salvaguardar su estabilidad social y económica, como el caso de Sócrates y Jesucristo, entre otros.

CAPITULO II. LA LEYENDA

La Leyenda es una narración fantástica y maravillosa que puede partir de hechos reales o ficticios.

2.1. Referencia histórica

La leyenda se transmitió de manera oral de generación en generación y es tan antigua como la humanidad. Cuando apareció la escritura, se empezó a transmitir de manera oral y escrita. “De esta manera podemos decir que el contexto de producción de la leyenda es el pueblo mismo, con su lenguaje burdo, sencillo, metafórico, en forma cantada, como un corrido, como parte de la vida cotidiana, anécdota mágica”. (Díaz-Guerrero, Galván. 2009, p.31).

Las Leyendas tienen su origen en las civilizaciones más antiguas que conocemos como los celtas, los babilónicos, los fenicios y son ventanas a través de las cuales podemos mirar el pasado y comprender su pensamiento, sus ideales, y su concepción del mundo.

Podemos conceptuar a la Leyenda como un relato maravilloso y fantástico que procede de una cultura determinada. Su estructura tiene un inicio del suceso desarrollo de la historia donde luchan fuerzas protagónicas y antagónicas y un

desenlace. También contempla los personajes porque son los que representan los valores y antivalores, tipo de narrador, espacio, tiempo, lenguaje artístico, contexto de producción y de recepción. Sus características son: que procede a la tradición oral; la narración se presenta en tercera persona, pues regularmente es una creación colectiva que se va recreando en el curso del tiempo. Surge ante la necesidad humana de contestarse sobre la procedencia y la naturaleza de hechos incomprensibles en cierto momento y para exaltar acontecimientos importantes.

Los temas abordados por la Leyenda hacen suponer al grupo cultural que la elaboró que en su territorio nacieron los elementos a los cuales hace referencia: dioses, el ser humano mismo, los animales y las plantas, seres humanos sorprendentes como los héroes, entre otros. Los personajes suelen caracterizarse como seres extraordinarios: dioses, semidioses, héroes, animales y plantas humanizadas, mujeres y hombres hermosos o monstruosos. El espacio o marco que rodea los acontecimientos de la Leyenda son fastuosos, hasta cierto punto, insólitos y maravillosos, tales como montañas asombrosas, selvas inaccesibles, ríos majestuosos, espacios de ensueño, el cielo, el infierno, entre otros.

En muchas ocasiones la Leyenda es la base de la historia de todas las naciones. Esto hace difícil definir en un relato, qué corresponde a la Leyenda y qué a la historia auténtica.

Tanto las Leyendas como los Mitos, cuya unidad estructural desarrollaremos a continuación, pertenecen al Género Narrativo, y constituyen el precioso bagaje espiritual de todos los pueblos. Con ellos se han preservado hechos ocurridos en

tiempos más remotos, adornándolos con su fantasía; de ahí que la historia popular se haya transmitido de generación en generación, de siglo en siglo, hasta transformarse en una fabulosa epopeya que tiene por protagonistas a los hombres, personificados como héroes.

La Leyenda es una expresión literaria primitiva, que tuvo su origen en la tradición oral, y en la que hechos verdaderos coexisten en otros fabulosos. Las Leyendas de carácter narrativo y literario surgen debido a la necesidad que tiene el hombre de aludir a lo maravilloso. Las más antiguas que se conocen provienen de la India, pero todos los pueblos las desarrollaron. Algunas, como la de la Mesa Redonda y la de Merlín, el Encantador, parecen provenir de antiguas tradiciones celtas; otras no son sino historia desfigurada, como la de Carlomagno y los doce pares, la de Rolando, etc.

Las fuentes de las leyendas son frecuentemente hechos históricos deformados por la tradición. Gran parte de los temas de la epopeya eran ya conocidos en forma de Leyenda, como la de Los Siete Infantes de Lara. Además de ser cuna de los cantares de gesta, sirvieron así mismo al romancero, pues inspiraron a célebres autores como Tirso de Molina, Moliere y Zorrilla (quienes llevaron al teatro la Leyenda de Don Juan, en distintas versiones), y dieron tema a los cantos del Trovador del mismo Zorrilla, así como a las Leyendas de Bécquer.

2.2. La Leyenda transmisora de valores, costumbres y tradiciones.

Los temas de las Leyendas son tomados del fondo popular, de lo colectivo a lo individual; después vuelven al pueblo y se difunden ampliamente. Mediante la

tradición oral en todos los grupos humanos hay una producción de técnicas, arte, ideas y sentimientos en forma de relato que los hombres ordinarios reciben y transmiten inconscientemente. Es bastante común encontrar diferentes versiones de una misma Leyenda, que dan cuenta de la inventiva e imaginación popular de quienes la transmiten. Posteriormente pasa a la escritura, con lo cual se fija, perdiendo una de sus características: la capacidad de transformarse. La Leyenda, al pasar a la escritura, es modificada, modelada e individualizada, ya sea por el historiador, el cronista, el antropólogo o el escritor. Por lo general, quien relata la leyenda es un narrador externo, es decir, narra los acontecimientos desde la perspectiva del observador o de alguien que transmite una historia anónima que alguna vez escuchó. Casi siempre la voz del narrador utiliza la tercera persona (él, ella, ellos, ellas), o la forma impersonal (había una vez..., se supo que...).

Todos los pueblos y países tienen una tradición dentro de la cual las Leyendas constituyen una parte importante de su riqueza cultural o popular. En la literatura antigua existen muchas Leyendas relacionadas con la Mitología, son historias de dioses, héroes, elementos naturales y lugares, donde se habla de su origen y de sus atributos excepcionales. Por ejemplo, el caso de Aquiles, el héroe de la Ilíada.

A partir de la Ilíada, se crearon otros relatos y Leyendas populares que completaron y enriquecieron la figura de Aquiles, que abarcan desde su nacimiento hasta su muerte. Aquiles, hijo de la diosa Tetis y de Peleo, tenía el atributo de ser casi inmortal: todo su cuerpo, con excepción del talón derecho, era invulnerable.

Considero que la Leyenda oral es la idónea para transmitir valores, costumbres y tradiciones, porque al no estar escrita le permite a la comunidad ir la enriqueciendo según la temporalidad en la que se esté desarrollando, además, no pierde su carácter de colectividad, lo que le permite ser una verdadera transmisora de una determinada manera de pensar el mundo de donde se desprenden los valores, costumbres y tradiciones. Por eso las Leyendas son ventanas por las que podemos mirar el pasado de una sociedad.

Pero ¿Qué es una tradición y qué es una costumbre?

El ser humano tiene dos necesidades básicas: la de relacionarse con las demás personas para vivir en sociedad y la de sentirse integrante de una sociedad. Para la supervivencia de una sociedad es importante la independencia y la autoconfianza, para lograrlo es necesario el apoyo y la compañía de los demás.

La interdependencia social es una necesidad humana fundamental para el desarrollo y avance de las sociedades. Varios exponentes del existencialismo argumentan que no puede haber un “yo” sin un “tu”, es decir, la interrelación con el otro es una necesidad de desarrollo existencial.

En este contexto los valores son intrínsecos a las tradiciones, porque éstas son conductas que se transmiten de generación en generación a los integrantes del grupo social que las sigue para preservar su cultura.

Las costumbres, en cambio, son prácticas cotidianas que surgen de forma espontánea y se espera que todo el grupo social las ponga en práctica, como el

vestido, la manera de saludar y la forma en que debemos de ser solidarios, entre otras muchas.

2.3. Su análisis filosófico como parte de la identidad de la comunidad.

La Leyenda siempre usa el lenguaje popular propio de la época que se origina y manifiesta claramente el vocabulario de la época y de las épocas a través de las cuales ha perdurado.

La Leyenda surge por la necesidad que tuvo el ser humano de explicarse acontecimientos o hechos incomprensibles para su entendimiento. Por eso la Leyenda es una manera de explicar lo sobrenatural, es decir, lo que no es propio de lo natural, sino que corresponde a una dimensión fuera de nuestro mundo. “La leyenda tiene entonces, de manera fundamental, una función explicativa cuya validez no pretende ser universal, sino que expresa los valores locales”. (Villaseñor, 2006, p.34).

La Leyenda tiene un carácter fantástico, como explica un hecho o acontecimiento sobrenatural lo hace de una manera tal que los acontecimientos los presenta llenos de fantasía, y dota a los personajes que intervienen en ellos de capacidades sobrehumanas, de modo que, por lo general, suelen ser personajes irreales.

“Mediante las leyendas, los seres humanos han manifestado, a través del tiempo y de la historia, qué saben acerca del delicado equilibrio entre el bien y el mal. Estos grandes valores conforman las principales temáticas que, con muy diversos

personajes, épocas, ambientes y lugares se han expresado desde la antigüedad hasta nuestros días”. (Villaseñor, 2006, p.34)

La Leyenda del Murciélago

(Leyenda tradicional mexicana – Oaxaca)

Cuenta la Leyenda que el murciélago una vez fue el ave más bella de la Creación.

El murciélago al principio era tal y como lo conocemos hoy y se llamaba biguidibela (biguidi = mariposa y bela = carne; el nombre venía a significar algo así como mariposa desnuda).

Un día frío subió al cielo y le pidió plumas al creador, como había visto en otros animales que volaban. Pero el creador no tenía plumas, así que le recomendó bajar de nuevo a la tierra y pedir una pluma a cada ave. Y así lo hizo el murciélago, eso sí, recurriendo solamente a las aves con plumas más vistosas y de más colores.

Cuando acabó su recorrido, el murciélago se había hecho con un gran número de plumas que envolvían su cuerpo.

Consciente de su belleza, volaba y volaba mostrándola orgulloso a todos los pájaros, que paraban su vuelo para admirarle. Agitaba sus alas ahora emplumadas, aleteando feliz y con cierto aire de prepotencia. Una vez, como un eco de su vuelo, creó el arco iris. Era todo belleza.

Pero era tanto su orgullo que la soberbia lo transformó en un ser cada vez más ofensivo para con las aves.

Con su continuo pavoneo, hacía sentirse chiquitos a cuantos estaban a su lado, sin importar las cualidades que ellos tuvieran. Hasta el colibrí le reprochaba no llegar a ser dueño de una décima parte de su belleza.

Cuando el Creador vio que el murciélago no se contentaba con disfrutar de sus nuevas plumas, sino que las usaba para humillar a los demás, le pidió que subiera al cielo, donde también se pavoneó y aleteó feliz. Aleteó y aleteó mientras sus plumas se desprendían una a una, descubriéndose de nuevo desnudo como al principio.

Durante el día llovieron plumas del cielo, y desde entonces nuestro murciélago ha permanecido desnudo, retirándose a vivir en cuevas y olvidando su sentido de la vista para no tener que recordar los colores que una vez tuvo y perdió.

Fuente: <http://redmexicona.com/leyendas/mura%c3%Aglogo.asp>
Ultimo acceso: 17/11/2013

En esta Leyenda vemos cómo los antivalores alteran la personalidad del individuo. Los antivalores lo van desprendiendo de la sociedad. No le permiten valorarse y valorar al otro. El orgullo, la prepotencia y la soberbia, no permiten el crecimiento humano frustrando al individuo y pueden desencadenar el fracaso existencial.

Pero ¿cómo combatir los antivalores?

Yo digo que el desarrollo de la eticidad es el instrumento más eficaz para prevenir el desarrollo de los antivalores. La eticidad se refiere a que el ser humano debe reconocerse como un individuo inteligente y sensible, capaz de reflexionar sus actos antes de realizarlos – son los juicios morales – tiene la obligación de perfeccionar su inteligencia y no ser indiferente a su existencia para que crezca humanamente y se realice como ser individual y social. La eticidad es la base del desarrollo de los valores y las virtudes.

Quetzalcóatl

Blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos azules y barba tupida de oro rizado, era Quetzalcóatl el sumo Sacerdote de Tula, dueño de los vientos, adorado por los pueblos toltecas en la remota antigüedad de México.

Nadie supo nunca de dónde había venido, tal vez de otro país atravesando el mar en la estrecha carabela del milagro; pero como el sabio y prudente Quetzalcóatl enseñó a su pueblo las artes más difíciles como fundir y trabajar la plata, labrar las piedras verdes que se llaman <<chalchivites>> y otras hechas de conchas coloradas y blancas, el arte de trabajar las plumas de los pájaros, fue elegido rey, tributándole desde entonces honores sin cuento.

Dictó para su pueblo leyes sabias y austeras como su vida misma, leyes que hacía publicar a un pregonero desde el Monte de los Clamores para que se oyeran hasta trescientas millas lejos.

Por honestidad llevaba siempre largo vestido. Habitaba en palacios milagrosos, unos de plata, otros de turquesas, otros de plumas como enormes nidos y otros de <<chalchivites>>, la piedra suntuaria que sus vasallos, de ligero andar, traían desde muy lejos.

En tiempos de Quetzalcóatl, el pueblo recibió los beneficios de los dioses y cuentan que la tierra producía mazorcas de maíz del tamaño de un hombre, cañas altas y verdes como árboles, algodón de colores por lo que no era menester teñirlo, y aves desconocidas de pluma y canto, por lo que nada faltaba a los habitantes de la dichosa Tula.

Más vino el tiempo malo y la fortuna de Quetzalcóatl y de los toltecas acabó para siempre. Los dioses, disfrazados de nigrománticos o viejos hechiceros, vinieron a la tierra con el propósito de destronar a Quetzalcóatl y arrojarlo de sus dominios.

Para lograrlo, uno de los nigrománticos, llamado Vitzilopuchtli se presentó en el palacio real pidiendo hablar con Quetzalcóatl. Los pajes, temerosos de molestar a su amo, trataron de convencer al anciano Vitzilopuchtli que debía marcharse; mas tanto insistió al hechicero que obtuvo al fin lo que deseaba.

Quetzalcóatl, sentado en un trono resplandeciente de piedras preciosas, recibió al forastero diciéndole:

-¿Hijo, cómo estás y qué deseas?

-Deseo –respondió Vitzilopuchtli– ofreceros la esencia que cura todos los males devolviendo la juventud.

-Enhorabuena –repuso con alegría al Rey–, hace días que te aguardo, pues me siento enfermo y dolorido.

-Entonces bebed de este elíxir, que el corazón de quien lo bebe se ablanda hasta sentirse feliz.

Dijo el hechicero presentando a Quetzalcóatl una fina vasija de barro esmaltado. Bebió el rey del líquido y a los pocos instantes notó que, efectivamente, ya no sentía dolores en el cuerpo por lo que bebió más sin saber que el hechicero pretendía embriagarle con el vino blanco de la tierra, hecho de magueyes y llamado <<Teumetl>>, para conducirlo más tarde y fácilmente fuera de la ciudad.

Tanto bebió Quetzalcóatl de aquel líquido blanco, desterrador de males, que al fin la embriaguez de apoderó de su corazón haciendo germinar en su cerebro la idea de partir para siempre.

- ¿A dónde iré, hijo? Aconséjame. Quiero salir de Tula para siempre.

Irás a Tlapallan –repuso el hechicero satisfecho de los efectos de la bebida blanca– que ahí te espera otro anciano como yo y si haces lo que yo te indique, volverás a ser más joven que cualquier mancebo feliz.

Entre tanto, otro de los nigrománticos, para evitar que su pueblo defendiese a Quetzalcóatl, quedó en la plaza repartiendo a los toltecas del mismo vino blanco hasta embriagarlos. Cuando lo consiguió, sentado en medio del mercado hizo bailar a un muchacho sobre la palma de su mano para llamar la atención.

Pronto se vio rodeado por una muchedumbre de curiosos que atisbaban los movimientos del muchacho sobre la palma de la mano del hechicero. Todos se preguntaban: ¿qué embuste es éste?, ¿cómo puede bailar un muchacho en la palma de una mano? Debe ser hechicero. Démosle muerte a pedradas por practicar la brujería.

Así lo hicieron y después de muerto, comenzó a heder el cadáver del brujo, por lo que decidieron los toltecas llevarlo fuera de la ciudad. Quisieron levantar el cuerpo muerto sin lograrlo, porque pesaba como fardo de los más grandes, y entonces le ataron alrededor del cuello una soga de pita resistente para llevarlos a rastras al campo fuera de la ciudad.

Pesaba tanto el cadáver, que la soga se reventó cuando tiraron de ella toltecas, lanzándolos a distancia y muriendo todos de golpe. Otros toltecas sustituyeron a los primeros, reforzando las sogas, nuevamente cayeron en tierra como los otros.

Cuando, muertos muchos toltecas, comprendió Vitzilopuchtli que sin dificultad podría salir de Tula Quetzalcóatl, aún embriagado como estaba, le acompañó hasta las puertas de la ciudad permitiendo que fueran con él algunos de sus pajes y vasallos. Después se dedicó a quemar todas las casas de plata y concha y plumas que encontró. Incendió los campos. Apedreó a los pájaros lindos, dejando en ruinas la antigua y próspera ciudad de los toltecas.

Quetzalcóatl, seguido por sus fieles servidores, tomó el camino que conduce al mar. Cuando llegó a un sitio llamado Quautitlán, debajo del árbol más grande y más grueso, se sentó a descansar. Se le notaba triste. Pidió a unos de sus

vasallos un espejo, miró su rostro y dijo: <<Soy un anciano, justo es que me suceda lo que me sucede>>. Después, como un último gesto de dominio y de sabiduría, tomó piedras del camino y apedreó el árbol. Todas las piedras que tiró Quetzalcóatl se incrustaron en el árbol y ahí quedaron para siempre como símbolo de su fuerza divina.

Al son de flautas que, para alegrarlo, tañían sus servidores, continuó el Rey el camino hacia el mar.

Cuando llegó a un sitio llamado Tlanepantla, viendo por última vez y a lo lejos las ruinas de su ciudad antigua y próspera, lloró tristemente, hasta necesitar apoyarse con las manos en la roca para no caer. Sentado sobre una piedra grande siguió llorando hasta la hora en que voló el último pájaro.

Las manos de Quetzalcóatl quedaron para siempre señaladas en la roca, y sus lágrimas horadaron la piedra como símbolo de su dolor de rey.

Cuando llegó a un sitio que se llama Coahpa, los hipócritas hechiceros vinieron a su encuentro aparentando disuadirlo del viaje que emprendía.

Quetzalcóatl, ¿a dónde vas?, ¿por qué abandonas a tu pueblo? Le preguntaron. A lo que respondió majestuosamente el rey:

- Ahora nadie podrá impedirlo, ni vosotros que lo causasteis. Voy a Tlapallan a donde me llama el Sol.

- Ve enhorabuena; pero déjanos la sabiduría de las artes para fundir plata, para labrar las piedras preciosas, para tejer plumajes y decorar vasijas.

Entonces, Quetzalcóatl, quitándose las muchas y preciosas joyas labradas que llevaba, las arrojó en una fuente, como lo hace el día con las estrellas de la noche y dijo:

- Ahí están mi riqueza y mi sabiduría. Tomadlas.

Más adelante, el viaje fue difícil y hosco. Las sierras del volcán y la Sierra Nevada con sus altos picos blancos, cerraban el paso hacia el mar y los pajes que le acompañaban, todos enanos y corcovados, fueron muriendo de frío y de cansancio.

Quetzalcóatl siguió solo hasta las riberas del horizonte en donde comienza la línea del mar.

Hizo construir una balsa, formada de culebras, y en ella entró y sentado como una canoa, se fue por el mar navegando.

Y así como se ignora de dónde vino, no se sabe para dónde se fue, desde que se perdió a los ojos de los hombres en las riberas del mar.

Arturo Capdevila

Quetzalcóatl enseñó a su pueblo valores: el trabajo, la justicia, el honor, la honradez, la templanza, la creatividad y la autonomía de pensamiento, etc. Los hechiceros representan los antivalores.

Pero la leyenda hace referencia al destino incierto del ser humano: ¿de dónde vengo? ¿A dónde voy? Refiere también que el ser humano tiene una vida suficiente para hacer cosas grandiosas para sí mismo y para los demás, solo que para lograr este fin debe vivirse con orden y disciplina perfeccionando nuestros valores, virtudes, y ejerciendo las facultades intelectuales para poder vivir cerca de la felicidad. Quetzalcóatl representa la belleza de la existencia humana y la senectud realizada, el gobernante eficiente, eficaz y también, la pregunta milenaria: ¿Quién soy?

La Princesa de Zirahuén

La princesa más hermosa nacida en la región purépecha era hija de uno de los más poderosos caciques de esos señoríos. Descendiente de guerrero, solo podía aspirar a enamorarse del hombre que guardara arrojo y valentía en su corazón. Al hallar estas cualidades en el jefe de un ejército enemigo, sucumbió inevitablemente al sentimiento que doblega las voluntades más fuertes. Siendo correspondida, se hizo fuerte para defender esta relación ante todas las dificultades que le podía acarrear su inclinación. El padre de ella al enterarse, contuvo su ira e hizo creer su acuerdo. Puso una condición al pretendiente para poder entregarla: “Pelear contra otros caciques enemigos”.

El guerrero, enamorado hasta la locura, aceptó el reto sin vacilar. Luchó contra los reinos vecinos, siempre saliendo vencedor. Cuando no quedó uno solo sin ser doblegado, regresó para exigir la otra parte del trato, la mano de la princesa. El padre dijo: “Falta por vencer a un príncipe, el más vigoroso”. Ante la sorpresa

reflejada en el rostro del príncipe, vencedor de todos los caciques vecinos, añadió: “A mí”.

“Si es una exigencia, estoy dispuesto”, contestó preparándose para la lucha. La princesa plantada en medio de los dos para evitar el enfrentamiento pidió al amado que se fuera: “No quiero ser la causa de la muerte de ninguno de los dos. Si mi padre gana te pierdo para siempre. Si tú sales vencedor, no me casaría contigo”. El joven aceptó su voluntad y se fue ante la mirada irónica del rey, que sin ningún golpe, había salido vencedor. No bien lo hizo, la princesa se desvaneció sintiendo que su cuerpo ardía y una telaraña húmeda envolvió sus cabellos.

Desesperado subió a un cerro a llorar. Su mirada se perdía a lo lejos con la esperanza de verlo de regreso. Él nunca lo hizo. Grito a los dioses: “Mi obediencia filial fue premiada con el engaño, la mentira y la infelicidad, no puedo amar a mi padre ni a mi pueblo, el único que amo partió obedeciendo mi mandato”.

Sus lágrimas eran tan pesadas y candentes que hicieron un pozo que se fue desbordando al paso de los días, ahogando a la princesa e inundando al pueblo que quedó cubierto por lo que hoy se llama lago de Zirahuen. La enamorada aparece algunas veces en la superficie del lago en forma de sirena y ahoga hombres que confunde con su obediente amor mientras llora la ausencia de su amado.

Marko Castillo

En la Leyenda de la princesa de Zirahuen encontramos el fortalecimiento del valor del amor. El amor que fortalece los valores de valentía, bondad, y seguridad en sí mismo para alcanzar la meta deseada. Con esta estructura emocional el pretendiente se arroja a vencer las dificultades que los separan del enamoramiento del otro. ¿Pero qué es el enamoramiento? Es el deseo erótico que nos hace gravitar en el objeto deseado y que nos causa un desprendimiento de sí mismo sin poderlo evitar.

El lago de Zirahuen es producto de un amor malogrado, que fue posible al llanto de la princesa por lo que debemos de tener una actitud moral frente a la naturaleza, debemos de ser capaces de cuidarla y defenderla. Los filósofos griegos dijeron que el ser humano debe de vivir en armonía con la naturaleza, porque ésta, cuando se rompe, es el ser humano el que sufre las peores consecuencias. La naturaleza no, porque se regenera a sí misma.

CAPÍTULO III. EL MITO

3.1 Referencia histórica

El ser humano siempre ha buscado las causas y los significados de todo cuanto aparece o sucede ante él. Desde los tiempos primordiales de la existencia humana ha habido mitos y las religiones, que buscan dar la explicación y las causas, el por qué y el cómo del universo.

“El mito es una narración que toma desde un lenguaje simbólico, recupera los orígenes, el mundo en su inicial creación divina. Así, el mito alude generalmente al nacimiento del universo o al tema de cómo

fueron creados los seres humanos y animales, o cómo se originaron las creencias, los ritos y las formas de vida de un pueblo” (Martínez, 2010, p.130).

El Mito es una narración maravillosa, fuera del tiempo histórico, cuyos personajes son de carácter divino o heroico. Estructura: acontecimiento inicial, explicación a temporal, desenlace final de vigencia abierta, la historia, personajes, narrador, espacio, que puede ser real o mágico lenguaje artístico, contextos de producción y recepción. Nos cuenta cómo se crearon los cielos, las montañas, los ríos; de dónde provienen los vientos, la lluvia, el fuego; cómo nacen los dioses y cómo crearon al hombre. Los Mitos han existido en todas las civilizaciones y, no obstante la diversidad cultural, comparten algunos temas y características. Estas coincidencias se deben a que el ser humano se enfrenta a los mismos problemas básicos y se plantea las mismas preguntas. Por ejemplo, el Mito del diluvio no solo lo encontramos en la biblia, aparece también en la Mitología hindú, griega, mapuche, maya, azteca e inca, entre otras.

Los Mitos revelan la actividad de la creación, donde se manifiesta lo sagrado o sobrenatural de las obras. Es una forma de dar respuesta a los fenómenos naturales que trascienden las posibilidades del entendimiento humano. Los Mitos explican los misterios de la naturaleza, relacionando cosas sencillas y conocidas con otras difíciles de comprender. Por ejemplo, el fuego y el Sol tienen en común ser fuente de calor y energía. A partir de cualidades físicas comunes se establece una equivalencia simbólica.

3.2. El mito como explicación filosófica del mundo y lo desconocido.

Entendemos que Mito es la narración de acontecimientos sagrados y primordiales, ocurridos en el principio de los tiempos entre seres de calidad superior: dioses y héroes arquetípicos, civilizadores, legendarios y simbólicos. Trata aspectos de la naturaleza humana o del universo, cuya analogía suele ser religiosa.

El Mito surge de las preocupaciones del origen y destino de la humanidad, por lo que es objeto de estudio de la etnolingüística y conserva muchas veces antiguas tradiciones orales a través del lenguaje de carácter ritual y prelógico. El Mito suele estar presente en los autores clásicos, sobre todo en la épica y la dramática. Conviene destacar que el Mito no se considera como ficción en la sociedad que lo crea, ya que en él ve una realidad del pasado.

En el contexto popular, el Mito es un cuento que no tiene relación con hechos reales, o bien, es una ficción literaria. El límite entre el Mito y leyenda es muy impreciso, pues sus orígenes son semejantes. En su lenguaje desempeñan un papel de particular importancia la metáfora y la alegoría; por lo general, las figuras míticas son simbólicas.

Cabe señalar, que el carácter religioso del Mito opera sobre el grupo social con gran carga de afectividad, como se puede observar en el Mito de la creación del mundo, de origen azteca, o en el Mito Quetzalcóatl. Hoy en día, sin embargo, el

papel que representa el Mito en sociedades primitivas ha sido sustituido por la ideología.

Para concluir, los Mitos se pueden clasificar en tradicionales y de acción. Los Mitos tradicionales consisten en imágenes fabulosas, arraigadas por la tradición en la sociedad. Los Mitos de acción constituyen medios para provocar diferentes movimientos en una comunidad.

Como podemos observar, mientras que el Mito es producto de la imaginación del hombre, la Leyenda está basada en personajes o hechos históricos que proceden de épocas muy remotas y que fueron transmitidos originalmente por la tradición oral. Conviene destacar que el Mito se refiere a los hechos de dioses y héroes simbólicos, así como de otros personajes fantásticos, tales como el minotauro, el fauno o el dragón.

3.3. Importancia del Mito en el desarrollo de la sociedad.

El Mito es una narración maravillosa, mediante la que se trata de explicar el origen del mundo, del ser humano, del pueblo, del lugar que éste ha habitado o de las cosas que nos rodean como parte de la naturaleza. Sus propósitos son explicar el origen de la vida, así como los grandes hechos sociales o históricos que han influido en un pueblo. Por esto, los Mitos forman parte de la idiosincrasia de las comunidades humanas, pues las unen y les dan identidad, permitiendo la vida colectiva.

Los Mitos han sido creados en todos los pueblos y culturas, desde tiempos inmemoriales. Fue la primera respuesta a la curiosidad humana sobre su origen y los fenómenos naturales, a los que necesitaba entender para cosechar buenos frutos, librar con suerte batallas sangrientas con otros pueblos, viajar por furiosos mares para intercambiar productos, domesticar animales y, en general, poder sobrevivir. En todo esto, sin embargo, intervenían fuerzas naturales que, en el pensamiento de las comunidades antiguas, estaban representadas por las deidades que daban origen a los Mitos.

Así, por ejemplo, los Mitos relacionados con el nacimiento del Sol cada mañana o la caída de la lluvia como condición de germinación en el ciclo agrícola fueron importantes para el ejercicio ritual que se llevaba a cabo (y que en algunas comunidades aún son vigentes) para interceder ante la deidad que representase al Sol o la lluvia en favor del bien común. Como ejemplos de estos ritos tenemos los juegos olímpicos, algunas danzas folclóricas, antiguas representaciones teatrales, las fiestas dionisíacas, etcétera.

De entre los Mitos antiguos más conocidos estudiados se encuentran los griegos, reunidos principalmente en la Teogonía (Los trabajos y los días), escrita por el poeta Hesíodo entre los siglos VIII y VII antes de nuestra era (a.n.e.). También tenemos las Teogonías órficas, atribuidas a Orfeo, un poeta y cantor anterior a Homero (de quien se cree vivió hacia el siglo VII a.n.e.) que con el tiempo adquirió a su vez carácter mítico.

Los Mitos griegos son producto de una mezcla cultural, que recogió creencias tanto de los habitantes primitivos del territorio griego como de los emigrantes indoeuropeos que se asentaron en esa área hacia el 1500 a.n.e.; ambos grupos formaron la civilización griega.

Aunque menos conocidos, también encontramos Mitos por todo el resto del mundo: de Alaska a Tierra del Fuego, de Oceanía y Sudáfrica a Escandinavia, pasando por Japón y subiendo el Tíbet, pues cada pueblo ha dejado huella de su propia visión del mundo mediante las narraciones míticas.

En México, muchos relatos de este tipo se perdieron al consumarse la conquista española a partir de 1521. Por fortuna, algunos de ellos pudieron incorporarse a la nueva cultura, unos cuantos se conservaron gracias a la labor de algunos sacerdotes evangelizadores que los recopilaron de boca de los indígenas; otros se mezclaron con las tradiciones que trajeron los colonizadores.

Universalmente el Mito está considerado como la raíz añeja del conocimiento científico y filosófico. El Mito permitió que las sociedades antiguas fueran creando ideales, que a su vez, permitieron el desarrollo de la identidad de la comunidad y la creación de valores y virtudes que fueron dando pertenencia a su territorio. Desde este punto de vista el Mito ayudó al desarrollo y consolidación de la subjetividad porque a través de él, las sociedades fueron creando sus emociones, pasiones y deseos, lo que permitió una mejor organización interna del ser humano y por tanto, la constante superación social en todos los órdenes influida por alcanzar sus ideales y perfeccionar su visión del mundo.

El Mito ha sido un catalizador constante de la ciencia actual y del conocimiento filosófico, está presente en las utopías científicas y filosóficas; lo que le da una importancia siempre actual y necesaria.

El mito de Prometeo

Era un tiempo en el que existían los dioses, pero no las especies mortales. Cuando a éstas les llegó, marcado por el destino, el tiempo de la génesis, los dioses las modelaron en las entrañas de la tierra, mezclando tierra, fuego y cuantas materias se combinan con fuego y tierra. Cuando se disponían a sacarlas a la luz, mandaron a Prometeo y Epimeteo que las revistiesen de facultades distribuyéndolas convenientemente entre ellas. Epimeteo pidió a Prometeo que le permitiese a él hacer la distribución "Una vez que yo haya hecho la distribución, dijo, tú la supervisas". Con este permiso comienza a distribuir. Al distribuir, a unos les proporcionaba fuerza, pero no rapidez, en tanto que revestía de rapidez a otros más débiles. Dotaba de armas a unas, en tanto que para aquellas, a las que daba una naturaleza inerme, ideaba otra facultad para su salvación. A las que daba un cuerpo pequeño, les dotaba de alas para huir o de escondrijos para guarnecerse, en tanto que a las que daba un cuerpo grande, precisamente mediante él, las salvaba.

De este modo equitativo iba distribuyendo las restantes facultades. Y las ideaba tomando la precaución de que ninguna especie fuese aniquilada. Cuando les suministró los medios para evitar las destrucciones mutuas, ideó defensas contra

el rigor de las estaciones enviadas por Zeus: las cubrió con pelo espeso y piel gruesa, aptos para protegerse del frío invernal y del calor ardiente, y, además, para que cuando fueran a acostarse, les sirviera de abrigo natural y adecuado a cada cual. A algunas les puso en los pies cascos y a otras, piel gruesa sin sangre. Después de esto, suministró alimentos distintos a cada una: a una, hierbas de la tierra; a otras, frutos de los árboles; y a otras raíces. Y hubo especies a las que permitió alimentarse con la carne de otros animales. Concedió a aquellas, descendencia, y a éstos, devorados por aquéllas, gran fecundidad; procurando, así, salvar la especie.

Pero como Epimeteo no era del todo sabio, gastó, sin darse cuenta, todas las facultades en los brutos. Pero quedaba aún sin equipar la especie humana y no sabía qué hacer. Hallándose en ese trance, llega Prometeo para supervisar la distribución. Ve a todos los animales armoniosamente equipados y al hombre, en cambio, desnudo, sin calzado, sin abrigo e inerme. Y ya era inminente el día señalado por el destino en el que el hombre debía salir de la tierra a la luz. Ante la imposibilidad de encontrar un medio de salvación para el hombre, Prometeo roba a Efesto y a Atenea la sabiduría de las artes junto con el fuego (ya que sin el fuego era imposible que aquella fuese adquirida por nadie o resultase útil) y se la ofrece, así, como regalo al hombre. Con ella recibió el hombre la sabiduría para conservar la vida, pero no recibió la sabiduría política, porque estaba en poder de Zeus y a Prometeo no le estaba permitido acceder a la mansión de Zeus, en la acrópolis, a cuya entrada había dos guardianes terribles. Pero entró furtivamente al taller común de Atenea y Efesto en el que practicaban juntos sus artes y, robando el

arte del fuego de Efesto y las demás de Atenea, se las dio al hombre. Y, debido a esto, el hombre adquiere los recursos necesarios para la vida, pero sobre Prometeo, por culpa de Epimeteo, recayó luego, según se cuenta, el castigo del robo.

El hombre, una vez que participó de una porción divina, fue el único de los animales que, a causa de este parentesco divino, primeramente reconoció a los dioses y comenzó a erigir altares e imágenes a los dioses. Luego, adquirió rápidamente el arte de articular sonidos vocales y nombres, e inventó viviendas, vestidos, calzado, abrigos, alimentos de la tierra. Equipados de este modo, los hombres vivían, al principio, dispersos y no en ciudades, siendo, así, aniquilados por las fieras, al ser en todo más débiles que ellas. El arte que profesaban constituía un medio, adecuado para alimentarse, pero insuficiente para la guerra contra las fieras, porque no poseían el arte de la política, del que el de la guerra es una parte. Buscaban la forma de reunirse y salvarse construyendo ciudades, pero, una vez reunidos, se ultrajaban entre sí por no poseer el arte de la política, de modo que al dispersarse de nuevo, perecían. Entonces Zeus, temiendo que nuestra especie quedase exterminada por completo, envió a Hermes para que llevase a los hombres el pudor y la justicia, a fin de que rigiesen en las ciudades la armonía y los lazos comunes de amistad. Preguntó, entonces, Hermes a Zeus la forma de repartir la justicia y el pudor entre los hombres: "¿Las distribuyo como fueron distribuidas las demás artes?".

Pues éstas fueron distribuidas así: Con un solo hombre que posea el arte de la medicina, basta para tratar a muchos, legos en la materia; y lo mismo ocurre con

los demás profesionales. ¿Reparto así la justicia y el poder entre los hombres, o bien las distribuyo entre todos? "Entre todos, respondió Zeus; y que todos participen de ellas; porque si participan de ellas solo unos pocos, como ocurre con las demás artes, jamás habrá ciudades. Además, establecerás en mi nombre esta ley: Que todo aquel que sea incapaz de participar del pudor y de la justicia sea eliminado, como una peste, de la ciudad".

Fuente: <http://roble.pntic.mec.es/~jgomez10/prometeo.html>

Ultimo acceso: 17/11/2013

A mi juicio, el Mito de Prometeo, es uno de los más bellos de la Mitología universal porque a través de él, el ser humano se explicó el hallazgo del fuego. El fuego permitió cocinar los alimentos, fundir los metales, adorar a los dioses, usarlo como abrigo en las frías noches y como un elemento socializador porque en torno a él las familias platicaban sus acontecimientos diarios o planeaban sus actividades por hacer. De tal manera que el uso del fuego permitió al ser humano dar un gran salto en la historia, porque del fuego se desprendió la organización de otras actividades como la agricultura, el pastoreo, la cerámica y el descubrimiento de nuevos procesos para conservar alimentos o hacer más productiva la tierra.

El Mito de Prometeo transmite valores, como la libertad, que es la facultad de tener y manifestar las propias ideas; el amor, que es un sentimiento que busca el bien y desea poseerlo; la perseverancia, que es el empeño, la insistencia en lograr el bien; valentía, que es el arrojo, coraje y audacia para realizar las metas;

solidaridad, que es la mutua ayuda; responsabilidad, que es la capacidad de compromiso para afrontar el deber, entre otros.

El Mito de Prometeo se ha ajustado a las culturas universales. Cada cultura le da su versión de acuerdo a su identidad y visión del mundo, pero en todas se conserva la idea padre – madre que es el arrojó que Prometeo tuvo para desafiar a los dioses robándoles el fuego y la generosidad de su parte para entregárselos a manera de regalo a los seres humanos.

En la Mitología mexicana destacan los mitos sobre la creación del mundo y del hombre, constituyendo un acervo multicultural en la cultura de los pueblos étnicos de nuestro país. A continuación damos una muestra de lo anterior.

El origen del mundo en la mitología Purépecha.

De la primera gran explosión (Big-bang) emergieron cuatro grandes rayos de luz, que se extendieron en cuatro direcciones distintas, en cuatro caminos con horizontes luminosos, dando lugar a los cuatro puntos cardinales. Nació así Tata-cuate y Nana-cuate principio dual, también llamado o llamada Kuerajpiri y le dio forma con sus manos de lumbre a un gran astro de luz y de calor; lo colocó en el centro de nuestro espacio y le dio la misión de alumbrar el universo. Le puso por nombre Tata-Juriata (Señor Sol) también llamado Kuri-kaueri.

Kuerajpiri (principio dual creador y destructor) decidió entonces darle una esposa a Tata-Juriata para que no estuviera tan solo, para que no se quedara fijo en el cielo, sobre un día eterno, sin contrastes ni movimiento. Le dio nacimiento a Nana-

kutzi (Señora Luna). Pero él sólo aparecía de día y ella sólo de noche, de manera que estaban separados por el tiempo. Por ello decidieron verse alternativamente, una vez a la luz de él, otra vez a la luz brillante y redonda de ella. Y fue así como surgieron los eclipses de sol y de luna.

De esta unión nació Kuerahuaperi, también llamada Nana-Cuerari (nuestra madre tierra) que con el paso del tiempo se convirtió en una hermosa doncella. K'uri-kaueri se enamoró de ella. Le mandó cuatro rayos, que se posaron respectivamente en la frente, en el vientre, en la mano derecha y en la mano izquierda.

La doncella se convirtió en Nana-kuerari (la madre creadora), quien, en medio de una tempestad furiosa, dio a luz a las cosas naturales: la tierra seca, los montes, los ríos, los árboles, las flores, los lagos, los llanos, los vientos.

Tuvo luego un segundo parto, del cual nacieron todos los seres en movimiento, pero sin razón, sin emociones, sólo con instinto: los animales. Fue hasta el tercer parto que salieron a la luz los hombres y las mujeres, a los que dotó del saber, de manera que pudieran distinguir las cosas buenas de las malas. Se les dio el sonido y el habla para que se comunicaran entre sí.

Pero los hombres andaban errantes; no sabían medir el tiempo; no construían nada y peleaban entre sí. Nana-kuerari invocó a K'uri-kaueri y le pidió ayuda. El gran dios le entregó una caja de madera tallada. Le dijo que adentro estaban todas las cosas bellas que el hombre podía apreciar, y estaban también todos los oficios que podían aprender, y las líneas y los límites para organizar y medir el

tiempo y el espacio. Pero también, le dijo, estaban los castigos, las maldades y la negrura del sufrimiento eterno. Debían usarla con sabiduría y sensatez.

De la caja también brotaron las estaciones del año. Los hombres aprendieron a construir casas, a cultivar la tierra, a transmitir conocimientos a las siguientes generaciones, a crear cultura y enriquecerla con el tiempo.

Fuente: <http://www.purhepecha.com.mx/threads/3323-El-Origen-Del-Mundo-En-La-Mitologia-P-urh%C3%A9pecha>

En este Mito encontramos valores y virtudes plenamente realizados. Recordamos que los valores son pautas de conducta que se manifiestan en el comportamiento interno y externo del individuo; que virtud es la capacidad que se encamina hacia un bien moralmente bueno con la determinación de hacerlo con calidad y perfección. Encuentro los siguientes valores:

Orden. Que es un método para hacer las cosas con determinación, ahínco y cuidado, para lograr su calidad y perfección, por eso después de la explosión todo emergió con orden y tomó su lugar con fortaleza (que es una virtud) y responsabilidad. Con esta concepción del orden nació el universo y la vida.

Amor. Se realiza plenamente en la manera en que nació la madre tierra y la forma como sucedió el enamoramiento Sol-Tierra.

Valentía. Se manifiesta en la manera de dar a luz de la madre tierra a las cosas naturales.

Sabiduría. Conocimiento racional de lo que se está haciendo. Por eso en el tercer parto salieron los hombres y las mujeres dotados de inteligencia, libertad y responsabilidad. Lo que nos lleva a la consumación de la vida y la realización del ser humano al usar debidamente todos los valores y virtudes que tenía la caja de madera.

Trabajo. Aprendieron a usar los recursos naturales, a plasmar sus ideas, sus emociones, sentimientos y pasiones, sus creencias y diferentes maneras de apropiarse la naturaleza lo que los llevó a crear cultura para sobrevivir mejor y adorar a los dioses.

CAPÍTULO IV. EL CUENTO.

4.1 Referencia histórica

El Cuento es una historia breve que maneja una sola historia y de uno a tres personajes. Su estructura la conforman la situación inicial, el conflicto, desarrollo de la historia y desenlace, los personajes, espacio, tiempo, ambiente, lenguaje artístico, corriente literario, contexto de producción y recepción. El Cuento es muy antiguo, ya que surgió con la comunicación oral; probablemente las primeras explicaciones que el hombre encontró sobre la realidad, adoptaron la forma de cuentos.

Durante la etapa denominada antropomorfismo, y debido a su pensamiento prelógico, el ser humano atribuyó vida a todo lo que le rodeaba. Así surgieron Mitos, Leyendas, historias de divinidades y hombres suprahumanos, mismos que

posteriormente se desarrollarían hasta convertirse en las primeras epopeyas. En sus orígenes, el Cuento transmitía principios mágicos, religiosos y morales, y, en forma general, comunicaba su genealogía al grupo social.

Los Cuentos más antiguos proceden de Egipto, y datan de los siglos XIV a XII a.n.e.; en su temática, predominan las aventuras, como en los de Sinhué, recopilados en 1889 por Maspero en los Cuentos populares del antiguo Egipto.

Dentro de la literatura griega, en los poemas inmortales de Homero se hallan varios mitos; en Los trabajos y los días de Hesiodo (siglo VIII a.n.e.), encontramos la más antigua fábula en una lengua Indoeuropea: “El apólogo del gavilán y el ruiseñor del jaspeado cuello”. El célebre Píndaro utilizó historias locales en sus bellos poemas, e incluso Platón empleó Mitos para difundir sus teorías filosóficas.

En lo que se refiere a la literatura latina, podemos citar a Partenio de Nicea, quien reunió en la colección “Aventuras de amor”, varias narraciones. Del autor latino Conón, Cervantes tomó el tema de los dos viejos para una de sus obras inmortales.

Durante la Edad Media, en Europa predominó el gusto por las narraciones ejemplares, llamadas apólogos o ejemplos, tradición que en España fue retomada en la apología “El Conde Lucanor” del infante Don Juan Manuel.

Dentro de un corte realista, en el siglo XIV el italiano Boccaccio creó “El Decamerón”, cuyo objetivo primordial es divertir al lector; la obra consta de cien narraciones amorosas, resultando algunas narraciones sumamente divertidas.

En el Renacimiento, Cervantes sigue la tradición con sus narraciones breves, de gran calidad literaria; también lo hace María Zayas (1590-1661), considerada precursora del feminismo, cuyas “Novelas ejemplares y amorosas y Saraos”, tienen influencia tanto de Boccaccio como de Cervantes.

En Francia, La Fontaine (1621-1695), además de fábulas escribió una serie de cuentos preservando así la tradición clásica. En sus narraciones hace intervenir al elemento folclórico, muy difundido posteriormente.

En el siglo XVIII, el clásico persa “Las Mil y Una Noches”, fue traducido por primera vez, lo que marcó una gran influencia del género en autores como Voltaire, cuyos relatos Cándido, Micro megas y Zadig llevaron al cuento a un nivel de excelencia.

Durante la época romántica se rescató el sabor local además de incorporarse la pauta dominante de libertad y subjetividad. Esto resaltó el sentido de lo maravilloso, por lo que los cuentos de misterio, las leyendas y relatos tradicionales alcanzaron su esplendor.

A principios del siglo XIX, escritores europeos de gran relieve hicieron valiosas aportaciones al género. Tal fue el caso de Flaubert y Maupassant, en Francia; Dickens y Wilde en Inglaterra; Leopoldo Alas “Clarín”, Juan Valera y Emilia Pardo Bazán en España; el ruso Antón Chejov y el danés Hans Christian Andersen, quien destacó por la belleza de sus cuentos.

Entre los americanos es imprescindible destacar al norteamericano Henry James, quien, con refinado estilo, abordó en sus relatos el problema del ser humano frente a su realidad. La obra de Lewis Carroll, llena de imaginación y fantasía, da remate a la producción decimonónica.

En el siglo XX, el Cuento alcanza gran difusión en manos de creadores cuyas innovaciones resultaron significativas, como los europeos Chesterton, Joyce, Kafka, Kipling, Moravia Pavese, etc. De los estadounidenses Fitzgerald, Hemingway, Salinger, McCullers; los iberoamericanos Borges, Cortázar, García Márquez, Onetti y Rulfo.

Como género literario propiamente dicho, el Cuento se ubica dentro de la narrativa, con los antecedentes ya mencionados gradualmente se delega del Mito y la Leyenda, para cultivar su propio marco teórico, así como la técnica para el manejo de sus elementos característicos, a saber: brevedad, lo cual exige un gran poder de síntesis; tema único; rapidez en el diálogo, de existir éste y caracterización esquemática de los personajes, todo ello encadenado de manera estética y fluida dentro del espacio- tiempo de lo contado. El desenlace debe ser imprevisto y redondear la historia con el fin de lograr un texto acabado y cerrado en sí mismo.

Debido a la libertad de forma, la temática del Cuento contemporáneo, además de la brevedad y la imaginatividad, abarca aventuras de pensamiento y ejercicios estilísticos de los que carecen otro tipo de comparaciones narrativas. Puede referirse a simples historias contadas por la noche al calor del fuego, y cuyo cariz

misterioso es patente, o a temas más complejos como: amor, magia, psicología, ciencia-ficción, etc.

Por medio de una sucesión de ideas, el autor del Cuento realiza, valiéndose de sus personajes, un juego mágico en donde diversas acciones se suceden en un tiempo y espacio determinados. A través del encadenamiento o enlace, la proposición inicial va transformándose, hasta llegar a una situación conflictiva, denominada nudo, que se resolverá en un desenlace que, como ya comentamos, en el Cuento contemporáneo suele ser sorpresivo.

La narrativa hispanoamericana ha tenido un auge extraordinario en el presente siglo, con rasgos de diversas tendencias como: la ruptura del hilo narrativo, o la dislocación de los planos temporales, en donde el narrador puede estar oculto o ser variable, convirtiéndose en un elemento ambiguo. Esto es un ejemplo de la búsqueda de un significado novedoso del lenguaje literario. También se ha dado un cambio en el discurso, y se ha incorporado el habla popular, ya sea en el narrador o en los personajes, lo que ha repercutido en un nuevo impacto del mensaje literario en el receptor.

4.2. El nacimiento del Cuento como Subgénero Literario

El Cuento como relato breve se retoma en el siglo XIV. En Inglaterra destaca el escritor Geoffrey Chaucer (1340 – 1400) con su obra Los cuentos de Canterbury. Este género (o subgénero narrativo mayor) se volvió a desarrollar a finales del

siglo XVII, con el escritor francés Charles Perrault (1628 – 1703), quien se inclinó por los relatos fantásticos y escribió los famosos Cuentos de hadas como “Pulgarcito”, “Cenicienta”, “El gato con botas”, “Caperucita roja” y otros más.

En el siglo XIX vuelve a destacar la narrativa, con la producción de novelas y Cuentos. En Estados Unidos sobresalen Washington Irving (1783 – 1859) con sus Cuentos de La Alhambra (1832), y Edgar Allan Poe (1809 – 1849) con su colección de cuentos de terror reunidos bajo el título Narraciones extraordinarias (1856). En Rusia florecen grandes cuentistas como Antón Chejov (1860 – 1904). En Argentina, Esteban Echeverría (1805 – 1851) se destacó por su cuento “El matadero” con influencia romántica.

En México, los escritores de novela también se dedicaron con igual ahínco a la producción de Cuentos. Destacan Vicente Riva Palacios con su obra Cuentos del general (publicada con posterioridad a su muerte) y Manuel Gutiérrez Nájera (1859 – 1895) con su novela del Tranvía (1882), que es en realidad una colección de Cuentos ubicados en la ciudad de México. La tendencia predominante en nuestro país respecto a los temas del Cuento es el costumbrismo que conjuga características del romanticismo con las del realismo. Del primero toma el punto de vista subjetivo del narrador, quien relata en primera persona lo que ocurre a su alrededor. De la corriente realista destaca el contenido subordinado al mundo real, lo cual muestra mediante descripciones minuciosas. El Cuento costumbrista presenta un ambiente completamente local; se detiene hasta en los detalles, reproduce en lenguaje coloquial y enmarca la historia en un tono regional que llega a tener un fuerte nivel de contenido religioso.

“Durante el siglo XX, y especialmente en Hispanoamérica, el Cuento aporta novedades tanto en la forma como en el fondo” (Prado, 2010, p. 117); se cultiva cada día con mayor brevedad y exige la participación activa de sus lectores – tanto de su competencia lingüística y cultural, como de su visión del mundo –. De esta práctica surge la minificción (también llamada minicuento o microrrelato), que es una narración brevísima con mezcla de géneros no solamente literarios – también periodísticos y de la cultura, en general –, cuya característica esencial es la síntesis de la historia.

Actualmente, el Cuento se escribe en prosa. No solo la extensión es importante en este género, sino, en primer lugar, ser una estructura textual completa en sí misma – por lo cual se le llama cerrada – en la que participan pocos personajes y cuyos elementos narrativos se hallan condensados. Su temática hace referencia a algún suceso tomado de la realidad, de invención fantástica, extraordinario o ejemplar, al que el autor dé verosimilitud o credibilidad.

En la antigüedad, el Cuento estuvo emparentado con la fábula, la leyenda y el mito, constituyendo así una forma popular de literatura, de creación colectiva y de transmisión oral. En diversas culturas existen cuentos de raíz folclórica, cuyos temas pertenecieron a esta tradición, hasta que fueron recopilados o transcritos de manera escrita.

Como palabra afín al término cuento, se utiliza también la del relato, que es definido como un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de la misma acción.

4.3. La actitud filosófica para comprender el Cuento como obra estética.

Durante el siglo XX, la literatura experimentó importantes cambios como consecuencia de múltiples factores; por ejemplo, el desarrollo cultural, científico y tecnológico de los pueblos, numerosas guerras mundiales y locales, descubrimientos en todos los órdenes, inventos transformadores de la existencia cotidiana, cambios de perspectiva respecto del sentido de la vida, la naturaleza y las relaciones interpersonales, así como la percepción que tiene el ser humano de sí mismo, la divinidad y el universo. Todo ello generó un estado de crisis social, cultural, ideológica, económica y religiosa, que naturalmente se manifestó en la creación literaria.

Entre las numerosas propuestas artísticas que han impactado la composición literaria durante las últimas décadas, destacan algunas relacionadas con los contenidos que se abordan y otras con la manera de contar las historias y los recursos utilizados para hacerlo. En principio, interesa todo tipo de temas y conflictos, tanto los que consideran al hombre en su individualidad (conciencia, sentimientos, búsqueda de la felicidad, dudas existenciales), como los que afectan a comunidades completas (costumbres, enfermedades, justicia social, política, catástrofes); los que se sitúan ante una realidad tangible, como el campo, la ciudad, una escuela, o aquellos que tiene lugar en planetas desconocidos, en el interior de una máquina o en la imaginación del personaje.

La actitud es estar predispuesto a llevar a cabo una acción, es un compromiso para develar lo que está ahí, en el universo del Cuento, en la unidad del Cuento, en su historia y personajes. La actitud filosófica es un interrogar constante de la lectura del Cuento y un deducir inmutable de los acontecimientos, de las sorpresas y de los hallazgos que vamos encontrando. El Cuento como obra estética es un acontecimiento bello y sensible que nos enfrenta con nuestra capacidad de imaginar, nuestro anhelo de soñar, de vivir lo que nos está proponiendo la historia que leemos y que estamos siendo capaces de relacionarla con nuestro contexto sociocultural, asimilando su mensaje artístico para enriquecer nuestra conciencia sensible y nuestro estar frente al mundo real y concreto donde solo somos seres expuestos a la vida cotidiana.

A continuación presento dos Cuentos como una propuesta para comprobar lo arriba afirmado. Y que cada lector navegue por la lectura de los Cuentos con su propia actitud filosófica.

Olaff oye tocar a Rachmaninoff

Es curioso eso de cómo tantas cosas suceden todo el tiempo sin que uno se dé cuenta de nada hasta que se tropieza con ellas. Como eso de los que tocan el piano y andan por todos lados cobrando tres coronas por cada gente que los quiere oír. Yo nunca hubiera sabido que había esa clase de tipos si no hubiera sido por mi sobrina Juanita.

Yo he cuidado a Juanita desde que era un monigote chiquito. Como Felipa, mi mujer, pronto no la quiso tener cerca porque le daba mucha lata, la mandé de

interna a un colegio y dejé que le dieran clases de música, y como para eso hicieron no sé qué arreglo en las vacaciones, la dejé de ver por muchos años. Felipa siempre anda recriminándome por aquello de los gastos; pero yo quiero que Juanita llegue al puerto.

Bueno, pues hace como dos años que Juanita me escribió preguntándome que si podía cambiar de maestro de piano y tomar clases de uno que era muy bueno de verdad, uno muy caro que creo se llama Lorry o algo así. Y la señora que dirige el internado también me escribió y me dijo que yo debería dejar que Juanita tomara clases de ese señor, porque ella iba a ser algún día una famosa pianista. A mí me pareció que todo era pura tontería, porque yo nunca he visto que los parientes de Juanita, por los dos lados, hayan sido nunca otra cosa que marineros trabajadores y humildes. Pero como yo no soy de esos que a la fuerza quieren que todos piensen igual que ellos, pues me decidí a mandar más dinero después de haberlo pensado un poco, y me callé la boca sin decirle nada a Felipa.

Al fin y al cabo que Felipa no sabe cómo andan mis negocios, porque a veces, cuando estoy muy cansado, me voy a la casa, pero otras veces me quedo en la casa del capitán Spraghe, sobre todo según me haya ido con Felipa la última vez que la he visto. Yo siempre he pensado que hay tempestades que se pueden capotear, pero a otras hay que huirles, y yo no soy de los que andan buscando dificultades.

Pues nada, que cuando las cosas se pusieron difíciles con eso del comercio, y muchos barcos tuvieron que suspender sus viajes porque no había carga, pensé

que al fin y al cabo podría darle a Felipa lo que me andaba pidiendo desde hacía mucho, como era su derecho, si sólo yo le cortara un poco los gastos que estaba haciendo con Juanita en la escuela. Y le escribí diciéndole cómo andaban las cosas, a ver si podía darse maña para aprender lo mismo con un profesor más barato.

Inmediatamente recibí la carta más linda que pudiera esperar. Me dijo que sentía mucho no haberse dado cuenta que situación era mala, y que al fin y al cabo ya había estado pensando dejar de tomar clases y ponerse a enseñar el piano a niños y gente que todavía no sabían tanto como ella.

Fue una carta muy animadora, hasta con dos o tres chistes como los que siempre acomodaba en sus cartas, las que acostumbraba yo enseñarle a Felipa, pero que ahora ya no le enseñé. Pero me sentía muy raro mientras la estaba leyendo: algo así como cuando yo era chamaco y mi madre me regañaba porque me gustaba andar por el muelle oliendo a pescado y hablando de barcos. Al leer la carta oía todo el tiempo algo como un ruido de alguien que llora, como gaviotas en una noche de borrasca.

Y de repente me entraron ganas de ir a ver a Juanita, ya que no lo había hecho nunca; le escribí, y fui. Ella fue a la estación a encontrarme, y fue bueno que ella me reconociera, porque yo nunca me hubiera imaginado que ella era mi pequeña Juanita. De la nena graciosa, gordita y de ojos grandes que era antes, se había transformado en la muchacha más hermosa que uno se pudiera imaginar. Delgada y fina como un yate, con ojos azules como el mar, cara llena de hoyuelos cuando

sonreía, y su cabello como una aureola dorada sobre sus hombros. Sus manos eran casi tan fuertes como las de un hombre, pero blancas y largas. Buscamos un lugar para comer y platicar, y lo primero que ocurrió fue que le brillaron los ojos y sacó unos papeles de su bolsa:

- Mira, tío Olaff, ¡dos boletos para Rachmaninoff!

Me di cuenta de que lo que yo debí haber hecho era patear y gritar de gusto, pero no tuve más remedio que decirle que yo no sabía quién era ese Rachmaninoff.

- ¡Pero si es el príncipe de todos ellos! ¡El gran pianista ruso!

Con lo que me dejó igual que antes. Pero ella dijo que era como un dios o algo así, y la dejé que se volviera loca de entusiasmo. Pero yo ya sé por experiencia que hay que tener miedo de ir a donde una mujer quiere llevarlo a uno, y le dije que no tenía mucho tiempo para quedarme, y que mejor ella me tocara algo si había un piano a la mano.

Ella se volvió toda hoyuelos y me dijo:

- ¡Pero si he pagado seis coronas de las que has ganado con tanto trabajo, tío, para agasajarte a lo grande!

- ¡Seis coronas! - temo mucho que grité muy fuerte -. ¿Quieres decir que...?- ¡Ah, pero fue por dos boletos! - me respondió inmediatamente, como si tres coronas por cada boleto no fueran nada.

Iba yo a decir algo acerca de la mala situación, pero no quise sentirme responsable por quitarle esa mirada de felicidad de la cara, y me callé. Además, de todos modos, cada vez que me siento con ánimo de ser tacaño, me acuerdo de lo tacaña que es Felipa, y mejor me callo.

No pasó mucho tiempo sin que fuéramos a la casa de la ópera, donde ese tipo cobraba tres coronas por asiento. Había un montón de mujeres pavoneándose enfrente, hablando tonterías y haciéndose las interesantes y mirándose en espejitos y oliendo hacia el cielo con perfumes raros.

- ¡Te va a encantar, tío! - me decía Juanita cada vez que yo trataba de disuadirla de meternos entre tanta gente.

- Sí, yo creo que me va a encantar... tanto como si me mandaras a capotear un temporal noreste - dije yo, y ella nada más sonreía.

Adentro, cuando al fin entramos, había más asientos de los que yo nunca había visto en mi vida, y muy pronto todos estuvieron llenos. Y había muchos hombres también, lo que muestra que también hay muchas mujeres tercas y alborotadoras en el mundo, y yo me quedé pensando si ellos se sentían tan a disgusto como yo ahí sentados esperando que viniera otro a tocarles en el piano. Ya me imaginaba cómo ese Rachmaninoff estaba por ahí viéndonos y riéndose de habernos hecho gastar tres coronas por oírlo. Eso me hizo que me enojara un poco, pero fin y al cabo, pensé, cada quien se gana la vida como puede, y quizás el pobre no sabía hacer otra cosa.

No había nada de decorado en el escenario, nada más un piano con la tapa abierta, y se veía muy feo.

De repente todos se quedaron quietos, y alguien dijo quedito:

- ¡Ya viene! - como si fuera un circo o algo.

Y luego todos comenzaron a aplaudir, y él entró caminando al foro. Deveras que me sorprendí al verlo. Me pareció que un hombre tan fuerte podía hacer por lo menos una docena de cosas más útiles que tocar el piano. Él se inclinó muy serio, fue sentarse delante del piano y esperó a que todos se quedaran callados a su gusto. No pude menos que sentir lástima por él, ahí sentado solito y todo el mundo viéndolo. Supongo que fue lo nervioso que se puso desde el principio lo que lo hizo equivocarse tantas veces en casi todas las piezas que tocó.

Tan pronto como dejaron de aplaudir, comenzó a templar el piano. Al principio sus dedos estaban algo duraos y tiesos, y nada más picaba aquí y allá pero muy pronto se calentó, de una manera sorprendente, y antes de que me diera cuenta ya estaba yo sentado en la orilla del asiento tratando de comprender cómo podía hacer para que no se le enredaran los dedos, de tan aprisa que los movía. Iba arriba y para abajo, cada vez más aprisa, tratando de mostrarle al público qué tan rápido podía mover las manos. Pero al rato, como que ya no pudo más, y lo dejó. Luego comenzó a interpretar una que otra tonada, pero sin terminar ninguna, y las dejaba de tocar precisamente cuando uno ya le comenzaba a tomar gusto. Y luego se puso a ver qué tan fuerte tocaba el piano y luego vio lo que podía aguantar, suspendió todo.

¡Y vaya! ¡Si vieran cómo aplaudió esa gente! Todos estaban contentos de que ya estuviera listo para comenzar a tocar.

Inmediatamente comenzó, pero por cierto que no sonó muy bien. La verdad es que me gustó más cuando estaba templando el piano. Parecía dudar de por fin qué pieza tocar, y esto le perjudicaba mucho. Había un montón de sonidos agradables y de repente brincaba a otra cosa. Por fin se puso a tocar algo que ya iba para largo y que a mí me estaba gustando, por cierto que hasta me senté bien para oírlo, cuando se tropezó con un montón de notas. Luego comenzó de nuevo, pero siempre se equivocó en el mismo lugar. Sin embargo, persistía en su intento, fuerte y más fuerte, como si estuviera decidido a lograrlo así se tuviera que quedar toda la noche. Pero no mejoró nada hasta que renunció y se dejó de esa pieza, pero no le valió porque siguió lo mismo. Uno podía notar que estaba medio acalorado, y no lo culpo, ¡la vergüenza de fallar delante de tanta gente!

Seguía enojándose más y más hasta que perdió por completo su control y la forma en la que golpeaba las teclas era algo horrible, suerte que la tapa del piano estaba alzada, que si no explota. Y de repente se dejó caer con las dos manos, tan fuerte como pudo, haciendo el ruido más horroroso que yo haya oído nunca. Y de ahí mismo abandono todo, inclinándose como pidiendo excusas por haberlo siquiera intentado. Por lo menos eso pensé aunque Juanita me dijo que era una pieza maravillosa. ¡Y la gente aplaudiendo! Me molestaba en que la gente debiera darse cuenta de que comprendía que el aplauso era solo cortesía.

Iba a decirle yo algo más a Juanita pero tengo mis razones para saber que no conviene ser sincero con las mujeres. Pero Juanita no es tan tonta, y me dijo:

-Quizás no te haya gustado tanto estos números, tío Olaff, pero hay unos en el programa, ¡que los vas a adorar!

-¡Ojalá! Exclamé, mientras pensaba en las seis coronas.

Y luego ella se encogió toda en su asiento como llena de gusto:

-Vas a estar contento de haber venido, ¡ya verás!

Pero las dos siguientes piezas no fueron la gran cosa, y sin embargo, la gente aplaudió cada vez. Yo luego comprendí que dos sabían que tenían una cosa muy buena de reserva, y nada más lo estaban alentando hasta que llegara su turno de tocarla. Juanita decía que no se estaba equivocando, pero yo sé que mis orejas son lo bastante buenas para saber si un son está entonado o no. Lo único que tengo que decir en su favor, es que no se equivoca por equivocarse, lo que casi lo compone y todo, como quien dice. Es como Felipa. Ella se obstina tanto en sus errores que no tiene uno más remedio que admitirla.

Bueno, pues antes de que comenzara una de estas piezas, se sintió que lo que iba a seguir era cosa buena. Todos como que aguantaban el respiro y la gente delante de nosotros se hizo para atrás en sus asientos, como si se acomodaran para el resto de sus vidas. Entró muy decidido, de repente, tratando de tantear a la gente sobre dónde se movían sus manos. Las tenía en los extremos del piano y de repente ya estaba en la mitad, saltando para adelante y para atrás, agarrando

un punto de notas en un lado y azotándolas en otro, como si tratara de arrancarles la cáscara a las teclas. Una mano andaba persiguiendo a la otras por todo el piano, repicando como granizo en la cubierta, en golpes rápidos y secos, y más y más aprisa, hasta que se le descontrolaron lo dedos de tal forma, que solos se deslizaban sin parar haciéndome recordar al viejo capitán Spraghe, que cuando andaba borracho, iba balanceándose sobre el puente, tratando de aparentar que no tenía que pescarse del barandal.

De repente se enredó y se vio en un apuro difícil, pero en un arranque se zafó de la dificultad volviendo al carril salvajemente. Era como el viento aullando y rasgando entre el velamen, con las lonas azotadas unas contra otras. Martillaba con una mano sobre la otra hasta que la arrinconaba y tenía que saltar por encima para escapar como rana, para que la otra la persiguiera de nuevo por el teclado. Y de arriba abajo tan aprisa, que casi me mareaba tratando de tener mis ojos y mis orejas abiertas. Esas manos brincaban tanto y se perseguían, arrebatándose el lugar, tan aprisa como nadie vio nunca cosa igual.

Y todo el tiempo uno podía oír dos tonadas, ¡tan claro! Como el agudo graznido de una gaviota contra el mar encrespado.

Y de repente alzó las manos y las detuvo en el aire. ¡Por Dios que uno podía oír la melodía escurriendo de sus dedos en alto! Y cuando volvió a bajar las manos se hundió de lleno en un navegar ligero y poderoso alisando la melodía como olas grandes y hermosas redondas sobre la playa, y se pida sentir que lo subían a uno y lo bajaban en el vaivén del mar. De cuando en cuando un chorro de sonidos

brillantes, luminosos como espuma sobre la cresta de una ola entre las rocas. Y había unos sonidos repetiditos que hacía temblando, dedos en un mismo lugar, vuelta y vuelta, hasta que uno creía que iba a dar un tropezón. Y luego lo hacía un poquito más arriba, y luego más abajo, y luego como que los corría juntos por el teclado, hasta que de verdad, no me imaginaba cómo demonios se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

De vez en cuando como que terminaba la pieza, pero él la recogía de nuevo y no le gustaba tener que dejarla, y cuando al fin acabó fue en el lugar preciso en que debía acabarla.

Podría yo haber cacheteado a esa gente por aplaudirle luego que terminó. Después de que había tocado tan bien, lo debieron haber dejado solo un rato a que se calmara un poco de emoción.

Le pregunte a Juanita qué pieza era esa. Ella me dijo. Pero no le oí bien, y no le quise preguntar de nuevo porque era algo de <<apasionada>> y ¡ella es tan joven todavía! Debieran tener cuidado de qué nombre les ponen a las piezas. Le pregunte si podía tocar ella eso, porque me gustaría oírlo de nuevo. Se pusieron muy tristes sus ojos, y me dijo:

- ¡Pero no como el, tío Olaff!

Y lo curioso es que en ese momento vi muy claro el primer barco en que navegue. Y me puse a pensar lo que hubiera sentido si en aquel momento me hubieran devuelto a tierra y eso me puso triste por algunos minutos.

Rachmaninoff estaba ya cansado para esto, y creo que las demás piezas no hubieran estado en el programa ya ni las hubiera tocado y por mí mejor que así hubiera sido. No sé qué ideas tienen algunas gentes que le siguieron aplaudiendo. Pero luego que ya había acabado con el programa, obsequió unas dos piezas extras y hasta entonces fue cuando de veras se puso a tocar cosas que la gente puede entender a fondo. No me acuerdo de los nombres, excepto que una era de unos turcos marchando y ¡vaya si no se fue desde el principio hasta el fin sin equivocarse ni una vez! Apuesto a que esa es la que más le gusta tocar. Uno pudiera decirlo una vez que comenzó, pues primero podría uno detener la marcha.

Usted debe tratar de oírlo tocar alguna vez, sobre todo esa de la apasionada. Juanita dice que va a seguir tocando por muchos años, y creo que después de todo hace bien, a ver si mejora un poco. Un poco más de práctica en una de esas piezas, y con tal que abandone otras por completo, y tendrá mucho éxito.

Yo le pregunté a Juanita, como quien no quiere la cosa, si había otro profesor mejor que ese Lorry, y ella me dijo que no. Y cuando estábamos esperando el tren, le dije casualmente que después de todo había decidido que siguiera tomando esas clases, pues nadie mejor que yo sabe que se necesita un piloto para entrar al puerto.

Comenzó a llorar, pero se secó las lágrimas cuando oyó el silbatazo del tren.

Luego sonrió y me dijo que yo nunca lo sentiría.

Yo no le he dicho nada a Felipa. Parece que al fin y al cabo ya ella y yo estábamos anclados juntos para siempre a pesar de lo que Lorry cobra. Pero no protesto. Se me hace que entre más nos vemos Felipa y yo, mejor nos entendemos.

No es que el mar este muy tranquilo que se diga, pero no me olvido de como Rachmaninoff pudo al fin, tocar bien, con sólo que la gente le diera la oportunidad.

Cary Kerner

En el Cuento de Tío *Olaff* escucha la música de *Rachmaninoff* la vivencia es una experiencia que se vive, se siente y se piensa, lleva al espectador al universo artístico que el pianista va construyendo y lo relaciona con el acontecer de su trabajo rudo como pescador y su constante lucha con el mar.

El individuo para humanizarse necesita incorporar valores, virtudes, hábitos saludables, costumbres, tradiciones, ideales, deseos, emociones, pasiones y sentimientos. “La vida humana no es solo nacer, crecer y reproducirse. Es también incorporar un mundo cultural e histórico formado por tradiciones y normas sociales” (Piña, 2013, 105). Al cuento literario siempre debemos leerlo con actitud filosófica: con asombro-curiosidad, que significa sorprenderse, maravillarse por todo lo creado y buscar su explicación., la duda que debe aplicarse a lo aparente mientras no sea sometido a un proceso racional, la pregunta, que nos lleva al inicio del proceso de investigación para encontrar la respuesta; La reflexión, que nos permite acercarnos a la visión totalizadora.

El Cuento es obra de arte porque es una unidad, es un universo artístico que permite vivenciarlo desde nuestra propia existencia. Para tío Olaff, el concierto de piano que ejecuta Rachmaninoff lo conmovió hasta sentir piedad y lástima por el pianista. Pobre hombre, se equivocaba. Daba sonidos altos y bajos, sin ton ni son. Pero era persistente, tenaz. A veces hacía movimientos graciosos con las manos en el teclado y los sonidos eran arrulladores, de vez en cuando le parecieron maravillosos.

El cuento es un acto creador que nos lleva al encuentro con nosotros mismos. Nos permite habitarlo desde nuestra soledad. Nos lleva a la toma de consciencia. Nos hace dueños de nuestra libertad existencial. Nos da referencias para explicar nuestro acontecer cotidiano. Por eso tío Olaff padeció el sufrimiento creador del pianista.

“De repente se enredó y se vio en un apuro difícil, pero en un arranque se zafó de la dificultad, volviendo al carril salvajemente. Era como el viento aullando y rasgando entre el velamen, con las lonas azotadas unas contra otras. Martillaba con una mano sobre la otra hasta que la arrinconaba, y tenía que saltar por encima para escapar como una rana, para que la otra la persiguiera de nuevo por el teclado. Y de arriba a abajo, tan aprisa, que casi me mareaba y tratando de tener mis ojos y orejas abiertas. Esas manos brincaban tanto y se perseguían, arrebatándose el lugar tan aprisa como nadie vio nunca cosa igual.

Y todo el tiempo uno podía oír dos tonadas, ¡tan claro!, como el agudo graznido de una gaviota contra el mar encrespado.” (Lavin. 2013, 88).

Tío Olaff sin saberlo, disfrutó el concierto porque se vinculó a él a través de su trabajo rudo de pescador en un mar bravo, a veces quieto, manso, impredecible.

El collar

Era una de esas hermosas y encantadoras criaturas nacidas como por un error del destino en una familia de empleados. Carecía de dote, y no tenía esperanzas de cambiar de posición; no disponía de ningún medio para ser conocida, comprendida, querida, para encontrar un esposo rico y distinguido; y aceptó entonces casarse con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

No pudiendo adornarse, fue sencilla, pero desgraciada, como una mujer obligada por la suerte a vivir en una esfera inferior a la que le corresponde; porque las mujeres no tienen casta ni raza, pues su belleza, su atractivo y su encanto les sirven de ejecutoria y de familia. Su nativa firmeza, su instinto de elegancia y su flexibilidad de espíritu son para ellas la única jerarquía, que iguala a las hijas del pueblo con las más grandes señoras.

Sufría constantemente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría contemplando la pobreza de su hogar, la miseria de las paredes, sus estropeadas sillas, su fea indumentaria. Todas estas cosas, en las cuales ni siquiera habría reparado ninguna otra mujer de su casa, la torturaban y la llenaban de indignación.

La vista de la muchacha bretona que les servía de criada despertaba en ella pesares desolados y delirantes ensueños. Pensaba en las antecámaras mudas, guarnecidas de tapices orientales, alumbradas por altas lámparas de bronce y en los dos pulcros lacayos de calzón corto, dormidos en anchos sillones,

amodorrados por el intenso calor de la estufa. Pensaba en los grandes salones colgados de sedas antiguas, en los finos muebles repletos de figurillas inestimables y en los saloncillos coquetones, perfumados, dispuestos para hablar cinco horas con los amigos más íntimos, los hombres famosos y agasajados, cuyas atenciones ambicionan todas las mujeres.

Cuando, a las horas de comer, se sentaba delante de una mesa redonda, cubierta por un mantel de tres días, frente a su esposo, que destapaba la sopera, diciendo con aire de satisfacción: "¡Ah! ¡Qué buen caldo! ¡No hay nada para mí tan excelente como esto!", pensaba en las comidas delicadas, en los servicios de plata resplandecientes, en los tapices que cubren las paredes con personajes antiguos y aves extrañas dentro de un bosque fantástico; pensaba en los exquisitos y selectos manjares, ofrecidos en fuentes maravillosas; en las galanterías murmuradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladea la sonrosada carne de una trucha o un alón de faisán.

No poseía galas femeninas, ni una joya; nada absolutamente y sólo aquello de que carecía le gustaba; no se sentía formada sino para aquellos goces imposibles. ¡Cuánto habría dado por agradecer, ser envidiada, ser atractiva y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la cual no quería ir a ver con frecuencia, porque sufría más al regresar a su casa. Días y días pasaba después llorando de pena, de pesar, de desesperación.

Una mañana el marido volvió a su casa con expresión triunfante y agitando en la mano un ancho sobre.

-Mira, mujer -dijo-, aquí tienes una cosa para ti.

Ella rompió vivamente la envoltura y sacó un pliego impreso que decía:

"El Ministro de Instrucción Pública y señora ruegan al señor y la señora de Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del Ministerio."

En lugar de enloquecer de alegría, como pensaba su esposo, tiró la invitación sobre la mesa, murmurando con desprecio:

-¿Qué haré yo con eso?

-Creí, mujercita mía, que con ello te procuraba una gran satisfacción. ¡Sales tan poco, y es tan oportuna la ocasión que hoy se te presenta!... Te advierto que me ha costado bastante trabajo obtener esa invitación. Todos las buscan, las persiguen; son muy solicitadas y se reparten pocas entre los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Clavando en su esposo una mirada llena de angustia, le dijo con impaciencia:

-¿Qué quieres que me ponga para ir allá?

No se había preocupado él de semejante cosa, y balbució:

-Pues el traje que llevas cuando vamos al teatro. Me parece muy bonito...

Se calló, estupefacto, atontado, viendo que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, lentamente, para rodar por sus mejillas.

El hombre murmuró:

-¿Qué te sucede? Pero ¿qué te sucede?

Más ella, valientemente, haciendo un esfuerzo, había vencido su pena y respondió con tranquila voz, enjugando sus húmedas mejillas:

-Nada; que no tengo vestido para ir a esa fiesta. Da la invitación a cualquier colega cuya mujer se encuentre mejor provista de ropa que yo.

Él estaba desolado, y dijo:

-Vamos a ver, Matilde. ¿Cuánto te costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones, un traje sencillito?

Ella meditó unos segundos, haciendo sus cuentas y pensando asimismo en la suma que podía pedir sin provocar una negativa rotunda y una exclamación de asombro del empleadillo.

Respondió, al fin, titubeando:

-No lo sé con seguridad, pero creo que con cuatrocientos francos me arreglaría.

El marido palideció, pues reservaba precisamente esta cantidad para comprar una escopeta, pensando ir de caza en verano, a la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras los domingos.

Dijo, no obstante:

-Bien. Te doy los cuatrocientos francos. Pero trata de que tu vestido luzca lo más posible, ya que hacemos el sacrificio.

El día de la fiesta se acercaba y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, el vestido estuvo hecho a tiempo. Su esposo le dijo una noche:

-¿Qué te pasa? Te veo inquieta y pensativa desde hace tres días.

Y ella respondió:

-Me disgusta no tener ni una alhaja, ni una sola joya que ponerme. Pareceré, de todos modos, una miserable. Casi, casi me gustaría más no ir a ese baile.

-Ponte unas cuantas flores naturales -replicó él-. Eso es muy elegante, sobre todo en este tiempo, y por diez francos encontrarás dos o tres rosas magníficas.

Ella no quería convencerse.

-No hay nada tan humillante como parecer una pobre en medio de mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

-¡Qué tonta eres! Anda a ver a tu compañera de colegio, la señora de Forestier, y ruégale que te preste unas alhajas. Eres bastante amiga suya para tomarte esa libertad.

La mujer dejó escapar un grito de alegría.

-Tienes razón, no había pensado en ello.

Al siguiente día fue a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora de Forestier fue a un armario de espejo, cogió un cofrecillo, lo sacó, lo abrió y dijo a la señora de Loisel:

-Escoge, querida.

Primero vio brazaletes; luego, un collar de perlas; luego, una cruz veneciana de oro, y pedrería primorosamente construida. Se probaba aquellas joyas ante el espejo, vacilando, no pudiendo decidirse a abandonarlas, a devolverlas.

Preguntaba sin cesar:

-¿No tienes ninguna otra?

-Sí, mujer. Dime qué quieres. No sé lo que a ti te agradaría.

De repente descubrió, en una caja de raso negro, un soberbio collar de brillantes, y su corazón empezó a latir de un modo inmoderado.

Sus manos temblaron al tomarlo. Se lo puso, rodeando con él su cuello, y permaneció en éxtasis contemplando su imagen.

Luego preguntó, vacilante, llena de angustia:

-¿Quieres prestármelo? No quisiera llevar otra joya.

-Sí, mujer.

Abrazó y besó a su amiga con entusiasmo, y luego escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora de Loisel tuvo un verdadero triunfo. Era más bonita que las otras y estaba elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, trataban de serle presentados. Todos los directores generales querían bailar con ella. El ministro reparó en su hermosura.

Ella bailaba con embriaguez, con pasión, inundada de alegría, no pensando ya en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de aquel triunfo, en una especie de dicha formada por todos los homenajes que recibía, por todas las admiraciones, por todos los deseos despertados, por una victoria tan completa y tan dulce para un alma de mujer.

Se fue hacia las cuatro de la madrugada. Su marido, desde medianoche, dormía en un saloncito vacío, junto con otros tres caballeros cuyas mujeres se divertían mucho.

Él le echó sobre los hombros el abrigo que había llevado para la salida, modesto abrigo de su vestir ordinario, cuya pobreza contrastaba extrañamente con la elegancia del traje de baile. Ella lo sintió y quiso huir, para no ser vista por las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retuvo diciendo:

-Espera, mujer, vas a resfriarte a la salida. Iré a buscar un coche.

Pero ella no le oía, y bajó rápidamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle no encontraron coche, y se pusieron a buscar, dando voces a los cocheros que veían pasar a lo lejos.

Anduvieron hacia el Sena desesperados, tiritando. Por fin pudieron hallar una de esas vetustas berlinas que sólo aparecen en las calles de París cuando la noche cierra, cual si les avergonzase su miseria durante el día.

Los llevó hasta la puerta de su casa, situada en la calle de los Mártires, y entraron tristemente en el portal. Pensaba, el hombre, apesadumbrado, en que a las diez había de ir a la oficina.

La mujer se quitó el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, delante del espejo, a fin de contemplarse aún una vez más ricamente alhajada. Pero de repente dejó escapar un grito.

Su esposo, ya medio desnudo, le preguntó:

-¿Qué tienes?

Ella se volvió hacia él, acongojada.

-Tengo..., tengo... -balbució - que no encuentro el collar de la señora de Forestier.

Él se irguió, sobrecogido:

-¿Eh?... ¿cómo? ¡No es posible!

Y buscaron entre los adornos del traje, en los pliegues del abrigo, en los bolsillos, en todas partes. No lo encontraron.

Él preguntaba:

-¿Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

-Sí, lo toqué al cruzar el vestíbulo del Ministerio.

-Pero si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer.

-Debe estar en el coche.

-Sí. Es probable. ¿Te fijaste qué número tenía?

-No. Y tú, ¿no lo miraste?

-No.

Se contemplaron aterrados. Loisel se vistió por fin.

-Voy -dijo- a recorrer a pie todo el camino que hemos hecho, a ver si por casualidad lo encuentro.

Y salió. Ella permaneció en traje de baile, sin fuerzas para irse a la cama, desplomada en una silla, sin lumbre, casi helada, sin ideas, casi estúpida.

Su marido volvió hacia las siete. No había encontrado nada.

Fue a la Prefectura de Policía, a las redacciones de los periódicos, para publicar un anuncio ofreciendo una gratificación por el hallazgo; fue a las oficinas de las empresas de coches, a todas partes donde podía ofrecérsele alguna esperanza.

Ella le aguardó todo el día, con el mismo abatimiento desesperado ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche con el rostro demacrado, pálido; no había podido averiguar nada.

-Es menester -dijo- que escribas a tu amiga enterándola de que has roto el broche de su collar y que lo has dado a componer. Así ganaremos tiempo.

Ella escribió lo que su marido le decía.

Al cabo de una semana perdieron hasta la última esperanza.

Y Loisel, envejecido por aquel desastre, como si de pronto le hubieran echado encima cinco años, manifestó:

-Es necesario hacer lo posible por reemplazar esa alhaja por otra semejante.

Al día siguiente llevaron el estuche del collar a casa del joyero cuyo nombre se leía en su interior.

El comerciante, después de consultar sus libros, respondió:

-Señora, no salió de mi casa collar alguno en este estuche, que vendí vacío para complacer a un cliente.

Anduvieron de joyería en joyería, buscando una alhaja semejante a la perdida, recordándola, describiéndola, tristes y angustiosos.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, un collar de brillantes que les pareció idéntico al que buscaban. Valía cuarenta mil francos, y regateándolo consiguieron que se lo dejaran en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se los reservase por tres días, poniendo por condición que les daría por él treinta y cuatro mil francos si se lo devolvían, porque el otro se encontrara antes de fines de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil que le había dejado su padre. Pediría prestado el resto.

Y, efectivamente, tomó mil francos de uno, quinientos de otro, cinco lises aquí, tres allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con toda clase de prestamistas. Se comprometió para toda la vida, firmó sin saber lo que firmaba, sin detenerse a pensar, y, espantado por las angustias del porvenir, por la horrible miseria que los aguardaba, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue en busca del collar nuevo, dejando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.

Cuando la señora de Loisel devolvió la joya a su amiga, ésta le dijo un tanto displicente:

-Debiste devolvérmelo antes, porque bien pude yo haberlo necesitado.

No abrió siquiera el estuche, y eso lo juzgó la otra una suerte. Si notara la sustitución, ¿qué supondría? ¿No era posible que imaginara que lo habían cambiado de intento?

La señora de Loisel conoció la vida horrible de los menesterosos. Tuvo energía para adoptar una resolución inmediata y heroica. Era necesario devolver aquel dinero que debían... Despidieron a la criada, buscaron una habitación más económica, una buhardilla.

Conoció los duros trabajos de la casa, las odiosas tareas de la cocina. Fregó los platos, desgastando sus uñitas sonrosadas sobre los pucheros grasientos y en el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños, que ponía a secar en una cuerda; bajó a la calle todas las mañanas la basura y subió el agua, deteniéndose en todos los pisos para tomar aliento. Y, vestida como una pobre mujer de humilde condición, fue a casa del verdulero, del tendero de comestibles y del carnicero, con la cesta al brazo, regateando, teniendo que sufrir desprecios y hasta insultos, porque defendía céntimo a céntimo su dinero escasísimo.

Era necesario mensualmente recoger unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo.

El marido se ocupaba por las noches en poner en limpio las cuentas de un comerciante, y a veces escribía a veinticinco céntimos la hoja.

Y vivieron así diez años.

Al cabo de dicho tiempo lo habían ya pagado todo, todo, capital e intereses, multiplicados por las renovaciones usurarias.

La señora Loisel parecía entonces una vieja. Se había transformado en la mujer fuerte, dura y ruda de las familias pobres. Mal peinada, con las faldas torcidas y

rojas las manos, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en el Ministerio, se sentaba junto a la ventana, pensando en aquella fiesta de otro tiempo, en aquel baile donde lució tanto y donde fue tan festejada.

¿Cuál sería su fortuna, su estado al presente, si no hubiera perdido el collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué mudanzas tan singulares ofrece la vida! ¡Qué poco hace falta para perderse o para salvarse!

Un domingo, habiendo ido a dar un paseo por los Campos Elíseos para descansar de las fatigas de la semana, reparó de pronto en una señora que pasaba con un niño cogido de la mano.

Era su antigua compañera de colegio, siempre joven, hermosa siempre y siempre seductora. La de Loisel sintió un escalofrío. ¿Se decidiría a detenerla y saludarla? ¿Por qué no? Habiéndolo pagado ya todo, podía confesar, casi con orgullo, su desdicha.

Se puso frente a ella y dijo:

-Buenos días, Juana.

La otra no la reconoció, admirándose de verse tan familiarmente tratada por aquella infeliz. Balbució:

-Pero..., ¡señora!..., no sé. .. Usted debe de confundirse...

-No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito de sorpresa.

-¡Oh! ¡Mi pobre Matilde, qué cambiada estás! ...

-¡Sí! muy malos días he pasado desde que no te veo, y además bastantes miserias.... todo por ti...

-¿Por mí? ¿Cómo es eso?

-¿Recuerdas aquel collar de brillantes que me prestaste para ir al baile del Ministerio?

-¡Sí!, pero...

-Pues bien: lo perdí...

-¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

-Te devolví otro semejante. Y hemos tenido que sacrificarnos diez años para pagarlo. Comprenderás que representaba una fortuna para nosotros, que sólo teníamos el sueldo. En fin, a lo hecho pecho, y estoy muy satisfecha.

La señora de Forestier se había detenido.

-¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir al mío?

-Sí. No lo habrás notado, ¿eh? Casi eran idénticos.

Y al decir esto, sonreía orgullosa de su noble sencillez. La señora de Forestier, sumamente impresionada, le cogió ambas manos:

-¡Oh! ¡Mi pobre Matilde! ¡Pero si el collar que yo te presté era de piedras falsas!...
¡Valía quinientos francos a lo sumo!...

Guy de Maupassant

El Cuento literario es considerado obra de arte porque su lenguaje crea mundos imaginarios y personajes con los que el lector puede interpretar su realidad. El Cuento como obra de arte es un conjunto de vivencias donde confluyen emociones, sentimientos y pasiones. Permite reflexionar sobre el universo creado y el acontecer cotidiano, consolida la identidad individual y social. Permite que el lector recomponga su visión del mundo y el sentido de su vida, dando paso al crecimiento humano y al desarrollo de las facultades intelectuales. En El Collar los personajes desarrollan valores para lograr su objetivo: evadir la cárcel por la pérdida del collar. La práctica de valores modificó la vida cotidiana, el carácter y la visión del mundo de los protagonistas. El trabajo, la perseverancia, el orden, la constancia, disciplina, ahínco, comprensión, solidaridad, esfuerzo y el amor a la vida los llevaron a su meta.

En El collar fueron diez años de trabajo diario. La templanza fue un eje rector que le permitió a la señora Loise tomar la decisión inicial.

“Tuvo la energía necesaria para tomar una resolución inmediata y heroica, pues era necesario devolver aquel dinero que debían. Para lograrlo despidieron a la criada, buscaron una habitación más económica, un desván.

Conoció los duros trabajos de la casa, las odiosas tareas de la cocina. Fregó los platos, desgastando sus sonrojadas uñas sobre los pucheros grasientos y en el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia y los puños, que ponía a secar en un lazo; todas las mañanas bajó a la calle la basura y subió el agua. Deteniéndose en todos los pisos para tomar aliento. Y vestida como una mujer paupérrima, fue a casa del verdulero, del tendero de comestibles y del carnicero con las cestas al brazo, regateando, teniendo que sufrir desprecios y hasta insultos porque defendía a ultranza su escasísimo dinero.” (Lavin, 2013, p. 63).

La señora Loise tuvo un cambio de vida radical. La templanza le ayudó a moderar sus excesos y a mantenerla lúcida con el carácter suficiente para enfrentar el desaliento. Y, sobre todo, le enseñó a no ser esclava de los placeres mundanos. Aprendió a ser feliz viviendo su presente. “La templanza -como la prudencia, y quizá como todas las virtudes - pertenece, al arte de gozar: es un trabajo del deseo sobre sí mismo, del ser vivo sobre sí mismo. Su objetivo no es sobrepasar nuestros límites sino respetarlos.” (COMTE-SPONVILLE, 1998, p. 49).

CONCLUSIÓN

La Literatura es un arte, y, como tal, tiene una gran relación con la estética, que a su vez, es una disciplina filosófica. Entonces, Literatura y Filosofía tienen una constante relación al interpretar la realidad para convertirla en un objeto estético, en una obra literaria. Literatura y Filosofía son herramientas con las que interpretamos, explicamos y sustentamos los momentos históricos del desarrollo de la sociedad, son herramientas que nos permiten conformar una conciencia individual y social; nos ayudan a darle sentido a nuestra existencia y nos acercan a la felicidad a través del ejercicio de nuestras facultades intelectuales; nos hacen autónomos, nos educan y nos humanizan.

El estudio de estos Subgéneros Literarios siempre debe de hacerse con una actitud filosófica que interrogue, que deleve lo que está ahí; que plantee sentidos para llevar una vida moralmente buena. La actitud filosófica nos ayuda a penetrar en el objeto estético, en la obra de arte; nos permite la vivencia sensible, que es la experiencia que se vive, se siente y se piensa y nos permite darnos cuenta de la moral de un pueblo.

En este contexto la enseñanza de Literatura I es una oportunidad educativa que forma conciencias sensibles capaces de reconocerse como seres humanos inteligentes para asumir la libertad con responsabilidad; para poder diferenciar lo que es bueno y lo que es malo; para saber elegir nuestros actos, nuestras oportunidades, hacer nuestros proyectos de vida, en fin, para ordenar y darle sentido a la existencia de manera constante, inteligente y sensible.

Este trabajo no tocó el valor estético de los Subgéneros Literarios porque no fue esa la intención. La intención del trabajo fue develar el valor Ético y de mostrar que los mencionados Subgéneros Literarios son transmisores de Costumbres Tradiciones y Valores, ayudándonos a comprender la moral y la visión del mundo de una determinada sociedad. Cuando los alumnos comprenden la importancia de la actitud filosófica entonces fortalecen su motivación y hacen sus trabajos haciendo uso de su capacidad reflexiva, analizan y comparan lo entendido con sus entorno lo que les permite crear juicios de valor que les dan seguridad en lo que van aprendiendo.

La Filosofía como herramienta educativa ayuda a que el Programa de Literatura I sea más formativo y educativo porque hace que el alumno reflexione constantemente los objetos de aprendizaje, de modo que su capacidad comprensiva se va fortaleciendo con la capacidad reflexiva que le va a desarrollar una actitud crítica ante sus lecturas, desarrollando una visión del mundo que le permite interpretar su realidad así como transformarla y comprender la realidad del otro.

La Fábula sigue siendo un Género Literario con el que seguimos señalando vicios y virtudes de un individuo o de una sociedad y con la actitud filosófica hacemos que los alumnos sean capaces de escribir fabulas acordes a la problemática del contexto sociocultural a la que se están desarrollando. Así mismo la actitud filosófica le permite emprender la lucha por su cultura y de su identidad social.

Con la actitud filosófica acercamos a los alumnos a la Leyenda para que descifren su mensaje e interpreten las costumbres, tradiciones y valores que transmiten. Y sean capaces de valorar las Leyendas como ventanas por donde podemos mirar al pasado e interpretar la visión del mundo y los valores, costumbres y tradiciones de sociedades antiguas. Así mismo son capaces de entender por qué las Leyendas forman parte de la identidad colectiva de una comunidad. En este momento se puede dar la interdisciplinariedad entre Literatura I y el bloque dos de Ética y Valores I donde se analizan situaciones y problemas específicos asociados a la práctica de valores que ocurren a nivel local y nacional.

La actitud filosófica les entrega a los alumnos toda la riqueza cultura que tienen los Mitos como raíz del conocimiento científico y filosófico. Los alumnos se recrean con la belleza literaria de los mitos a la vez que son capaces de interpretarlos y conocer la necesidad del Mito para perseguir mejores forma de vida tanto intelectual como colectiva. Los alumnos crean sus propios Mitos con los que transmiten sus ideales, sus sentimientos, emociones y pasiones. Identifican los valores de un héroe y las costumbres y tradiciones de la comunidad a la que pertenece el héroe.

La actitud filosófica le permite a los alumnos valorar el universo literario en que se desarrolla un Cuento. Penetran a la personalidad de los personajes explican el contexto en el que se mueve la historia, escriben sus propios cuentos tomando como argumento cualquier acontecimiento que a ellos les parezca interesante.

De esta manera hemos logrado sensibilizar a los alumnos para que de manera lúdica comprendan, reflexionen y analicen, el universo literario que es cada Subgénero Literario.

En este contexto de desarrollar el programa de Literatura I se persigue también que los alumnos tomen conciencia de sí mismos que son dueños de su libertad y su responsabilidad, que deben de ser autónomos e independientes para que elijan las mejores opciones y puedan construir su proyecto de vida, alejarse de los vicios y fortalecer sus valores practicándolos y teniendo en cuenta que los valores son los que le van a dar sentido a su vida, a su existencia.

BIBLIOGRAFÍA

Citada:

Comte-Sponville, A (1998). *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Madrid. Espasa Calpe.

Díaz, C. (2007). *Educar valores y vivir con humanidad*. México, D.F. Progreso.

Díaz-Guerrero, C. (2009). *Competencias en Literatura I*. México, D.F. Nueva Editorial Lucero.

Lavin, M. (2013). *Leo, luego escribo*. México, D.F. Lecturum.

Martínez, A. (2010). *Literatura I*. México D.F. Cengage Learning.

Piña, M. (2013). *Ética y Valores II*. México, D. F. Patria.

Prado, M. (2010). *Literatura I*. Estado de México. ST Editorial.

Ramos, H. (2007). *Literatura I*. México, D.F. Thomson.

Villaseñor, V. (2006). *Literatura I*. México, D.F. Nueva Imagen.

Web:

<http://redmexicona.com/leyendas/mura%c3%Aglogo.asp>
Fecha de último acceso: 17-11-2013

<http://www.uv.mx/popularte/esp/scriptphp.php?&sid=631>
Fecha de último acceso: 17-11-2013

<http://roble.pntic.mec.es/~jgomez10/prometeo.html>
Fecha de último acceso: 17-11-2013

<http://www.purhepecha.com.mx/threads/3323-El-Origen-Del-Mundo-En-La-Mitologia-Purh%C3%A9pecha>
Fecha de último acceso: 17-11-2013

Consultada:

Abbagnano, N. (1997). *Diccionario de Filosofía*. Bogotá, Colombia. Ed. F.C.E.

Colli, G. (2010). *El nacimiento de la Filosofía*. México. Ed. TusQuets.

- Cuellar, H. (2009). *El ser y la esencia de los valores*. México. Ed. Trillas.
- Del Rio, M. (2010). *Literatura I*. México. Ed. McGraw-Hill.
- Deleuze, G. (2001). *¿Qué es la Filosofía?*. Barcelona, España. Ed. Anagrama.
- Díaz, C. (2004). *Filosofía, un nuevo enfoque*. México. Ed. McGraw-Hill.
- Gómez, E. y Ruiz, R. (2009). *Filosofía*. México. Ed. Nueva Imagen.
- Lozano, L. (2010). *Literatura I*. México. Ed. Nueva Editorial Lucero.
- Muñoz, J. y González, S. (2010). *Competencias en Literatura I*. México. Nueva Editorial Lucero.
- Paz, O. (2004). *El laberinto de la soledad*. México. Ed. F.C.E.
- Prado, M. (2010). *Literatura I*. México. Ed. ST.
- Varela, L. (2010). *Literatura I*. México. Ed. Book Mart.